

EL DESARROLLO AGROPECUARIO*

HORACIO GIBERTI

En el desarrollo agropecuario argentino pueden claramente distinguirse varias etapas históricas, caracterizadas por diferente orientación y técnicas productivas, como por distintas estructuras y relaciones sociales. Posibilidades de comercio, progreso técnico, ausencia o abundancia de inmigración, presión demográfica, disponibilidades o escasez de tierra aptas, son tanto causa como consecuencia de tales etapas, cuyas condiciones más salientes trataremos de describir.

Reseñar las etapas que caracterizan nuestra evolución agropecuaria, pampeana equivale a reseñar la historia económica argentina, por constituir esa actividad del eje alrededor del cual giró el desenvolvimiento nacional. De ahí que los demás sectores económicos le quedaran subordinados y no puedan abordarse independientemente.

Aclararemos que por región pampeana entendemos un área que sin mucho error estadístico puede asimilarse a la comprendida por las provincias de Buenos Aires, Córdoba, Entre Ríos, La Pampa y Santa Fe.

DIFUSIÓN DEL GANADO

Desde las primeras incursiones de la conquista española hasta principios del siglo XVII abarca esta primera etapa del desarrollo agropecuario argentino. Durante ella la llanura pampeana, donde hoy se asienta casi todo nuestro patrimonio económico, constituía poco menos que un desierto, de donde padecieron penurias de hambre, y sed casi todos los conquistadores que incursionaron por su suelo.

Entonces la región más poblada era el noroeste, con culturas indígenas mucho más evolucionadas, que practicaban agricultura con

* Trabajo presentado en las "Jornadas Argentinas y Latinoamericanas de Sociología", en el Seminario Interdisciplinario: "El Desarrollo Económico Social de la Argentina, Historia y Perspectivas", organizadas por el Departamento de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires, bajo

riego, mantenían bajo cultivo más de veinte especies vegetales, domesticaban la llama y la alpaca, habitaban casas de piedra y residían en poblaciones estables. Los querandíes de Buenos Aires, por el contrario, no conocieron una sola planta cultivada, ignoraban totalmente la agricultura, carecían de animales domésticos y llevaban una pobre vida nómada.

Los españoles no pudieron cargar sobre ellos ni sobre ninguna otra tribu pampeana el peso de su mantenimiento, ni pudieron aprovecharlos como esclavos. Su nomadismo les permitía alejarse de las zonas conquistadas si eran derrotados militarmente. El noroeste, en cambio, con sus tribus sedentarias y más adelantadas, proporcionó mucho mejor base para la vida de los conquistadores; las tribus indígenas, una vez batidas, debían someterse por imposibilidad de transportar sus pueblos y tierras irrigadas.

El noroeste fue entonces la región más densamente poblada, más rica y en contacto más estrecho con la civilización europea, que se desplazaba en América desde el centro hacia el extremo sur.

Las llanuras pampeanas representaban un precario papel de regiones subdesarrolladas, con intentos colonizadores explicables primero por la ilusión de tesoros fabulosos y más tarde por el deseo de lograr para el noroeste comunicaciones más directas y menos azarosas con España.

La introducción de vacunos y equinos por parte de los españoles habría de cambiar el panorama económico y social de la región pampeana, donde las tribus vivían de la caza y de la pesca, sin etapa pastoril por falta de especies adecuadas para ello. La libre reproducción de vacunos y equinos proporcionó los elementos necesarios para esa etapa pastoril; los primeros proporcionaban cuero, carne, sebo y otros productos, mientras los segundos se constituyeron en el elemento motor indispensable para región tan vasta y llana, casi desprovista de obstáculos naturales.

La población blanca pampeana residía casi exclusivamente en Buenos Aires (500 habitantes en 1602), cuyo puerto justificaba la existencia de la ciudad y le daba vida económica. La campiña permanecía casi desierta en virtud de la poca mano de obra necesaria para explotar el vacuno.

Por escasez de mano de obra esclava y poco deseo de los europeos de dedicarse a las duras faenas agrícolas llegaban a América para enriquecerse o por lo menos vivir mejor que en su tierra natal casi no había cultivos, que por otra parte quedaban a merced del ganado, por falta de cercos que los defendieran.

Tan escaso mercado interno y la poca posibilidad de conservar económicamente un producto perecedero como la carne, hacían que ésta tuviera muy poco valor. Cuero, grasa y sebo, por sus múltiples utilidades y larga perdurabilidad, constituían los productos más valiosos, con crecientes saldos exportables a medida que proliferaba libremente el ganado. Ningún interés existía por la propiedad de la tierra como elemento de trabajo agrario; sólo interesaba para justificar la propiedad del vacuno.

Las clases sociales superiores estaban constituídas por los funcionarios ,de alto rango, clero, hacendados y comerciantes. Sin transición seguían las clases bajas: artesanos, peones, labradores, etc. Los esclavos cerraban la lista.

LAS VAQUERÍAS (1600 a 1750)

A principios del siglo XVII comenzaron las exportaciones autorizadas de cueros, indicio de una mayor abundancia de ganado. Ello se robustece por la posterior apertura del registro de vaquerías, verdaderas expediciones al campo, para cazar ganado cimarrón. Tenían derecho a vaquear sólo los hacendados, por suponerse que el vacuno cimarrón descendía del ganado manso alzado. La tierra y el ganado propios no valían por sí sino para justificar el derecho a vaquear. En realidad, caballos y mulas eran la base de la estancia propiamente dicha.

El escaso consumo interno y las trabas al comercio, monopolizado por España y obstaculizado por los negociantes limeños, permitieron el desarrollo del vacuno, pese a lo irracional del sistema de explotación. La escasa población, netamente urbana, no alcanzaba ni remotamente a constituir mercado para la posible producción. Por ello se insiste cada vez más en lograr medidas que permitan las exportaciones.

Tal política interesaba fundamentalmente a los hacendados, clase que constituía la vía de ascenso social para los criollos, imposibilitados de llegar a la función pública. Los comerciantes, casi

todos españoles y ligados al monopolio español, apoyaban empero a los hacendados, porque permitir exportaciones equivalía a aumentar las compras en España, lo cual convenía a sus intereses. Las autoridades se veían, en consecuencia, doblemente presionadas a ampliar el intercambio, sin contar con las conveniencias de orden personal. Por ello cuando no se lograba por la vía legal se resolvía mediante el contrabando, alentado por portugueses a ingleses.

El tratado de Utrecht (1713), otorgó a Inglaterra por treinta años el derecho exclusivo al comercio negrero, aprovechado subrepticamente para introducir manufacturas británicas y llevar cueros. A fin de contrarrestar esto, España concedió a su vez franquicias al intercambio legal.

Gracias al vacuno, Buenos Aires cesa de vivir a expensas del intercambio entre España y el interior: posee considerables saldos exportables que le dan poder adquisitivo para absorber los excedentes tucumanos, paraguayos y cuyanos, sin salida al exterior. Nace ahí el predominio económico porteño sobre el interior, que se traduce posteriormente en predominio demográfico y político. Por eso al crearse el virreinato del Río de la Plata (1776), Buenos Aires resulta asiento de la autoridad y queda bajo su dependencia el Alto Perú.

El incremento de las exportaciones de cueros y algunos otros productos ganaderos da vida propia a la región pampeana próxima al puerto, tanto en lo comercial como en lo pastoril, pero sin hacerle perder esa característica de grupo humano concentrado urbanamente alrededor de un puerto y un intercambio comercial, con una campaña despoblada, pese a su creciente importancia económica (ver cuadro N°1).

Como lógica consecuencia de las mayores exportaciones se vaqueaba con creciente intensidad, en desmedro de la riqueza ganadera, y en radio de acción cada vez más amplio, lo cual implicaba creciente lucha con el indio. Llegó así un momento en que el vacuno comenzó a escasear y debió pensarse en una explotación más racional. La agricultura continuaba tan postergada que en 1744 sobre 12.000 personas Buenos Aires contaba con sólo 33 labradores.

LA ESTANCIA COLONIAL (1750 a 1810)

A mediados del siglo XVIII, surge la estancia colonial, establecimiento pastoril con lugar de privilegio para el vacuno, asentado ahora como animal doméstico. La estructura política y económica anterior permitió que esta etapa, donde la propiedad de la tierra cobraba ya importancia por su productividad, se realizara sobre la base de grandes explotaciones en manos de pocos dueños.

Con la estancia colonial, exponente del desarrollo pecuario, cobran mayor importancia política y social los hacendados, que también entran en coalición con buena parte de los comerciantes. Éstos, ligados al monopolio de Cádiz, acompañaron a los hacendados en su lucha contra el monopolio limeño, pero comenzaron a reaccionar ante la pretensión de lograr la apertura de otros puertos españoles, necesaria para absorber el creciente volumen de cueros, sebo, grasa y otros productos exportables.

También el cambio en la modalidad productiva apareja arduas y continuas luchas contra el indio, inútil como esclavo y competidor peligroso como ganadero. La línea de fortines que marca la frontera interior va expandiéndose paulatina pero firmemente, para liberar cada vez más tierra donde apacentar vacunos.

Cambia también la actitud del estanciero ante los peones que antes servían en las vaquerías. Éstos colaboraban antes temporariamente con el ganadero y pasaban el resto del año ociosos, viviendo a expensas de vacunos cimarrones. Tal género de vida choca ahora al estanciero, pues ya los rodeos son propios, no orejanos. Abundan por tanto las protestas y reclamaciones contra los vagabundos, que no se resignaban a perder su independencia y conchabarse definitivamente en la estancia, como personal estable.

Surgió también un primitivo beneficiamiento de la res en la estancia: por ebullición se extraían sebo y grasa, primer esbozo de establecimiento industrial ligado a la ganadería.

La escasez de mano de obra y la repugnancia por trabajos manuales "de a pie", así como el celoso monopolio español sobre sus majadas de merino, impedían la explotación ovina.

Por análogas causales de escasa disponibilidad de trabajadores, insuficiente desarrollo demográfico y efecto competitivo de otras actividades más fáciles, la agricultura quedó totalmente relegada, como actividad marginal, mayor aliciente económico y con nula consideración social. Según Azara, un capataz y 10 peones

manejaban 10.000 animales y producían 3.715 pesos más que si se dedicaran a la agricultura.

Las repercusiones demográficas son importantes. Por una parte comienza el verdadero poblamiento de la campaña, exigido en virtud de la permanencia del vacuno en un mismo lugar, como ocurrió antes con el equino. Por otra, tal poblamiento se veía limitado en virtud de la forma extensiva de trabajo y la casi nula actividad agrícola.

CUADRO Nº 1
Población de Buenos Aires

Años	Ciudad	Campaña	Total
1602	500	—	—
1605	1.600	—	—
1663	4.000	—	—
1664	—	854	—
1726	—	2.538	—
1738	—	1.102	—
1744	10.056	6.055	10.111
1778	24.083	12.926	37.009
1794	45.000	—	—
1800	40.000	32.000	72.000
1810	55.000	50.000	105.000

Puede apreciarse en el cuadro un desarrollo relativamente rápido de la población en los últimos años, sobre todo en la campaña, por las causas ya vistas. Por las mismas razones la población bonaerense ofrecía el curioso espectáculo de ser esencialmente urbana cuando en todo el mundo predominaba en forma abrumadora la población rural.

Como consecuencia de las continuas ampliaciones de la capacidad productiva vacuna, se tornaba cada vez más considerable el sobrante de carne, desprovisto de valor comercial por falta de medios para conservación, que permitieran su embarque. Se pidieron a Europa expertos para salar carne, pero la sal materia prima esencial resultaba carísima cuando importada, y difícil de conseguir en el país por el largo transporte terrestre que atravesaba tierra de indios. Además, las posibilidades de exportación eran mayores que el mercado potencial, limitadísimo por causa del monopolio español. Surgen entonces con toda su fuerza las luchas por el comercio libre alentadas por los intereses británicos, en las cuales tienen activa

participación los hacendados, principales beneficiarios, y que van dando cada vez más vigor político a ese grupo de prestigio social creciente, donde figuran muchos criollos.

EL SALADERO (1810 a 1850)

La revolución de mayo rompe el viejo sistema monopolista y da amplias oportunidades al intercambio comercial. Se desarrolla entonces el saladero, establecimiento industrial urbano del cual pasan a depender los estancieros y que valoriza el ganado al transformar en producto principal, de valor dominante, a los desvalorizados excedentes de carne.

Dominan el saladero quienes logran organizar un aprovisionamiento suficiente y barato de sal, para lo cual se recurre al transporte marítimo entre Patagones y Buenos Aires. Como además son propietarios de grandes estancias, adquieren un poderío económico y político considerable. Buena parte del poderío político se asentaba sobre la fuerza guerrera constituida por las peonadas de estancias, ahora más abundantes en virtud de la intensificación de las explotaciones, surgidas de la continua ampliación de fronteras. Esta ampliación obliga a campañas sistemáticas contra el indio.

El saladero marca el fin de la comercialización directa del ganado o sus productos por el estanciero. De ahí en adelante queda dueño de la situación un intermediario urbano, que concentra la elaboración de los productos ganaderos.

Por obra del continuo crecimiento de la región ganadera pampeana, el vacuno frecuentemente llega a Buenos Aires enflaquecido por penosos arreos; surge entonces el invernador, propietario de campos ubicados cerca de Buenos Aires, que recibe las tropas provenientes de establecimientos lejanos y las alimenta hasta su recuperación. Es otra división especializada del trabajo, que traerá posteriormente profundas repercusiones.

Al levantarse las restricciones monopolísticas, se alienta también la cría lanar, posible por poderse introducir merinos y exportar lana. Estos animales finos, por su menor rusticidad y mayores requerimientos de trabajo, se criaban en las estancias próximas a Buenos Aires, donde el continuo pastorear vacuno había refinado los pastos y donde era más fácil lograr mano de obra para cuidados y esquilas. La dirección técnica corría casi siempre a cargo de extranjeros, por lo general irlandeses.

Hubo intentos de colonización agrícola y subdivisión de la tierra por parte de quienes advertían su necesidad, pero fracasaron por

frecuentes perturbaciones políticas y falta de incentivo económico derivada de la competencia vacuna. Las mismas causas impedían un mayor desarrollo ovino.

CUADRO N° 2
Exportaciones de cueros vacunos

Período	Promedio anual
1620-1625	1.100
1650-1700	20.000
1700-1725	75.000
1748-1753	153.000
1778-1783	800.000
1779-1795	765.000 (*)
1790-1794	710.000
1792	825.700
1793	760.600
1809/10	1.500.000 (**)
1822	590.400
1825	655.300
1827	854.800
1837	823.600
1848	1.101.100 (***)

- (*) Las entradas a plaza no autorizadas se calculaban en más de 855.000.
(**) Cifras de 6 meses. Incluyen remanentes de otros años.
(***) Incluyen remanentes de otros años.

Señala el cuadro que los cueros vacunos, principal exportación regional, crecieron hasta finalizar el siglo XIX y luego se estabilizaron, posiblemente porque la mayor producción fue absorbida por el consumo interno, que aumentaba de acuerdo con el ritmo demográfico (ver cuadro N° 4). Cabe recordar que en esa época el cuero adquiría múltiples usos, y todo aquello no elaborado con él, con maderas o algún otro producto local, debía importarse. Elemento tan vital como la harina, provenía de Estados Unidos o Chile. La estabilización de los embarques de cuero, así como su predominio en las exportaciones, surge del cuadro N° 3.

CUADRO N° 3

Exportaciones por Buenos Aires, en miles de pesos plata
(no incluye metales preciosos)

Rubros	1822	1825	1827	1837
Cueros vacunos	2.361	2.621	3.419	3.295
Cueros equinos	422	340	97	38
Tasajo	351	521	329	446
Lana	33	—	30	329
Otros	204	516	602	851
Total	3.641	3.998	4.477	4.959

Los cueros vacunos representaban del 65 % al 75 % del valor exportado y eran los principales causantes de sus altibajos, como se aprecia al comparar los cuadros 2 y 3. Análogo proceso de estancamiento se advierte en el tasajo, que ya había llegado a saturar los mercados potenciales (esencialmente esclavos de plantaciones). Surgía como único nuevo producto, capaz de compensar esas estabilizaciones, la lana, pero todavía sin llegar a niveles muy significativos. Ciertamente es que antes de finalizar el período analizado las exportaciones se cuadruplicaron, pero sin duda continuaban siendo los cueros la principal fuente de divisas.

CUADRO N° 4

Población argentina aproximada

Años	BUENOS AIRES			Resto del país	Total del país	Crecimiento anual medio por mil
	Ciudad	Campaña	Total			
1797	40.000	32.000	72.000	218.000	290.000	28 18 22 31
1810	55.000	50.000	105.000	300.000	405.000	
1826	75.000	60.000	130.000	470.000	600.000	
1839	—	100.000	—	—	758.000	
1855	91.500	183.900	275.500	1.005.000	1.100.000	

Con todo, como señala el cuadro N° 4, gracias al ovino y a la mayor demanda de vacunos, se puebla la campaña bonaerense en

forma tal que al finalizar el período del saladero sus habitantes superan a los de la ciudad.

Buenos Aires y su zona de influencia se diferencian netamente del interior, por la ampliación del intercambio comercial, su creciente potencial demográfico (que representaba la cuarta parte de la población total) y la imposibilidad de casi todas las otras provincias de producir y colocar el mismo tipo de exportaciones.

Los excedentes del interior, de otra naturaleza y productos de una primitiva técnica artesanal o bien de rudimentarias explotaciones rurales, sobre las que cargaba un costoso transporte terrestre muy unilateral, nada podían contra las baratas manufacturas industriales o los granos producidos con mucho mayor técnica, ambos transportados por una poco onerosa vía marítima de doble sentido. Todo ello refuerza el poderío económico y político bonaerense y conduce a frecuentes luchas por una hegemonía política que posibilite la conducción económica.

EL OVINO (1850-1900)

La mayor tranquilidad posterior a Caseros, así como la intensa demanda textil originada por el constante incremento de la industria textil europea, alentaron a partir de la mitad del siglo XIX la cría de merinos, cuyo valor por la producción anual de lana y final de carne (aprovechada en las graserías), superaba los ingresos del vacuno. Éste, por otra parte, se debatía con poco porvenir contra la creciente merma del consumo de tasajo, que la liberación progresiva de los esclavos dejaba sin consumidores.

Comienza el campo a poblarse más, favorecido por el paulatino aquietamiento político, y a incorporar nuevas técnicas, transmitidas generalmente por extranjeros. Por las causas antedichas, los merinos y sus cruzas con el ovino criollo iban aumentando en ondas concéntricas, que se alejaban cada vez más de Buenos Aires, en detrimento del vacuno. Éste quedaba relegado a zonas marginales, de pastos vírgenes o poco pastoreados y más expuesto a la amenaza de indios.

Europa, dominada por el industrialismo, necesita productos agropecuarios (alimentos y textiles), que ya no produce en cantidades suficientes, y desborda de manufacturas que exigen un activo comercio recíproco. Las exportaciones, y también las importaciones,

progresan a pasos gigantescos; pero con interesantes cambios en su estructura.

CUADRO N° 5
Valor de las exportaciones argentinas
(millones de pesos oro)

Rubros	1880	1896	1899
Agrícolas:	0,8	43,1	65,2
Trigo	—	12,8	38,1
Maíz	—	16,0	13,0
Otros	—	14,3	14,1
Ganaderos:	53,4	70,5	115,5
Lana	—	33,5	71,3
Cueros	—	16,5	24,9
Animales en pie	—	8,6	9,0
Ovinos congelados	—	4,8	2,3
Tasajo	—	3,2	2,0
Otros	—	6,9	6,0
Total (*)	56,3	116,8	184,9

(*) Incluye forestales, minería, caza y pesca y otras.

La transformación fundamental débese primero al renglón lanas, cuyo crecimiento fue vertiginoso. Hacia 1850 se exportaban menos de 8.000 toneladas, que se duplicaron diez años después, llegaban a 65.700 en 1870, tocaban casi las 100.000 un decenio más tarde y alcanzaron la cifra máxima de 237.110 durante 1899, cantidad superior a toda nuestra producción actual.

Por tanto, no puede extrañar que dicho renglón pasara a encabezar las listas de exportación, hasta representar casi 50 % del valor total de los embarques. Muy lejos le siguen los cueros, antaño aportantes de las dos terceras partes de las divisas. Si la lana viene a diversificar las exportaciones ganaderas, con las importantes derivaciones económicas y sociales que reseñaremos después, no menos trascendente resulta la aparición del rubro agrícola en el comercio exterior argentino. Hasta 1880 tal renglón prácticamente no existía, pero 16 años más tarde representaba ya 37 % de las exportaciones.

Fácilmente puede rastrearse a través de la estadística el cambio de estructura económica y social necesario para poder lograr tales saldos

exportables. Veamos en primer término la distribución de los ganados.

CUADRO N° 6
Existencias de ganado vacuno y ovino
(miles de cabezas)

Años	Buenos Aires		Santa Fe, Córdoba, Entre Ríos, La Pampa		Total del país	
	Vacunos	Ovinos	Vacunos	Ovinos	Vacunos	Ovinos
1875	5.116	45.511	4.252	10.576	13.338	57.501
1888	8.680	51.558	9.029	11.903	21.964	66.701
1895	7.746	52.630	9.515	16.089	21.702	74.380

Buenos Aires constituía la principal poseedora de ganados, en especial ovinos. Éstos superaban abrumadoramente a los vacunos en dicha provincia, mientras en las demás la preeminencia no era tan visible. Muy distinto se presentaba el panorama agrícola, como lo muestra una ojeada a las superficies cultivadas.

CUADRO N° 7
Superficie cultivada total
(miles de hectáreas)

Jurisdicción	1872	1888	1895
Buenos Aires	177	951	1.395
Santa Fe	62	598	1.685
Córdoba	78	234	660
Entre Ríos	34	138	431
La Pampa	—	6	10
Resto del país	229	532	711
Total del país	580	2.459	4.892

Hacia 1872 Buenos Aires cultivaba más superficie que todas las demás provincias de la región pampeana, privilegio que ya no

mantiene en 1888, para ser superada durante 1895 por Santa Fe. Contrariamente a lo que acontece con el ganado, en la parte del país no incluida en la región pampeana los cultivos se incrementan en proporción considerable.

¿Qué causas explican tan dispar comportamiento? Reseñémoslas someramente. Desde tiempo atrás existía un activo intercambio comercial con Europa, cuyo centro lo constituía, el puerto de Buenos Aires; pero entonces resultaba fácil concentrar en él los productos de exportación, pues el ganado se transportaba solo. Lanas y frigoríficos, en cambio, poco armonizan con el sistema de arreos; se impone facilitar el transporte y surge entonces el ferrocarril, que a la inversa de lo acontecido en Europa, no sustituye anteriores vías de comunicación sino que las crea. Influidó por la estructura económica de la época, adopta la forma de abanico convergente en el puerto de Buenos Aires, que concentra el intercambio. Inaugurado el nuevo sistema en 1857, para 1872 cuenta ya con 864 kilómetros de vía, que se tornan 7.645 en 1888 y llegan a 14.462 durante 1895.

El tendido de ferrocarriles aumenta las posibilidades de exportación; éstas atraen más inmigrantes, que se dispersan por campos y ciudades. Aumenta entonces el volumen de mercadería a embarcar, así como el de productos para importar (carbón, rieles, máquinas, materiales de construcción, comestibles, manufacturas, etc.) y surge la necesidad de instalaciones portuarias capaces de movilizar ese tráfico. Hasta 1876 Buenos Aires no disponía de verdaderas instalaciones portuarias; a partir de entonces se canaliza el Riachuelo y se construyen muelles en sus riberas, para culminar hacia fines de siglo con la habilitación del puerto Madero.

Al disponer Buenos Aires de un puerto con calado suficiente para grandes barcos de ultramar, robustece su dominio sobre el resto del país. Concentra, en peso, entre 70 % y 90 % de las importaciones y la mitad de las exportaciones, sobre todo productos ganaderos. Aún la mayor parte de los barcos que cargan en otros puertos del Paraná pasan por Buenos Aires a completar sus cargas. Además, la solución del problema Capital triunfo para la política centralista porteña reforzó el esquema de una economía en abanico y un país de perfil, que apuntaba a Europa.

Por todo eso, Buenos Aires y su zona de influencia produce casi todos los saldos exportables, recibe la mayor parte de los inmigrantes y ve surcadas sus tierras por los ferrocarriles en escala superior al

resto del país. Para mejor, una vasta expedición militar (1879), la libera definitivamente de los indios y su campaña puede expandirse más y trabajar sin peligros.

Las otras provincias de la región cereal, y sobre todo el resto del país, quedan relegadas a un papel más modesto: abastecedoras de Buenos Aires o del restante consumo nacional. De ahí que, económicamente marginales para la ganadería de exportación o la producción lanera, Santa Fe, Córdoba y Entre Ríos, sobre todo la primera, se dirijan más a la agricultura y la fomenten con más interés. Buenos Aires, en cambio, era teatro de violentas polémicas entre los partidarios de la ganadería exclusiva con agricultores sólo en las zonas poco aptas para animales, y quienes deseaban fomentar el cultivo de la tierra.

Nacieron así las colonias de Esperanza, San Carlos, San José y tantas otras, donde por primera vez surgió en gran escala la agricultura comercial, tantas veces postergada y vencida. En todas el sistema era similar: facilitar la compra de la tierra por parte de agricultores inmigrantes sin capital, que pagarían sus deudas con el producto del trabajo. Sin quererlo quizá, se echaba la simiente de la futura clase media rural.

La corriente agrícola se vio robustecida cuando se adoptaron medidas proteccionistas que gravaban la importación de granos y harina. Merced a ellas pudo vencerse la postergación de siglos; surgió entonces una corriente que primero apuntó a sustituir importaciones, pero más tarde ganó confianza e invadió los mercados internacionales.

En sus comienzos las colonias agrícolas localizaron a su alrededor actividades conexas. Esperanza, por ejemplo, llegó a tener diez molinos harineros, que utilizaban como combustible leña de los montes cercanos. La harina producida se transportaba con más facilidad que los granos. Pero el advenimiento del ferrocarril y el agotamiento de los montes dió por tierra con esas industrias. Tarifas ferroviarias que gravaban menos la materia prima que los productos elaborados dieron más movilidad a aquéllas, y los establecimientos elaboradores pasaron a concentrarse en los núcleos urbanos principales, como la Capital Federal, Rosario, Santa Fe, etc.

Buenos Aires, en cambio, continúa con preferencia la explotación ovina y vacuna. La tierra disponible está totalmente adjudicada entre los antiguos propietarios y la habilitada recientemente, por liberarla de indios, se reparte entre nuevos propietarios, que la recibieron

como premio, dádiva o retribución de servicios. Los más modestos de estos últimos por lo general vendían sus derechos a los más favorecidos o a negociantes aprovechados. Las tierras incultas se incorporaban a la explotación mediante cría de vacunos, a los cuales sucedía el ovino una vez refinados los pastos. Imperaba entonces una clase alta los estancieros y otra baja, constituida por los peones. Un esbozo de clase media puede hallarse entre los ganaderos modestos dedicados generalmente a cría de ovinos y en los extranjeros que venían a difundir las técnicas poco conocidas referentes a lanares.

Durante este período la inmigración, sólo interrumpida por la crisis del 90 y su secuela, alcanza cifras cada vez más altas, atraída por las posibilidades de mejor vida, propias de un país en pleno crecimiento y la facilidad y rapidez del ascenso social.

CUADRO N° 8
Evolución de la población

Concepto	1869	1895
	(miles de habitantes)	
Buenos Aires (*):	495	1.584
Urbana (*)	241	988
Rural	254	596
Córdoba y Santa Fe:	300	749
Urbana	77	197
Rural	223	552
Total del país	1.737	3.595
Proporción de extranjeros:	(en por ciento)	
Capital Federal	49	52
Buenos Aires	19	31
Santa Fe y Córdoba	4	21
Total del país	12	28

(*) Incluye la Capital Federal.

Los extranjeros representaban el 12 % del total en 1869, para subir a 28 % según el censo de 1895. Puede apreciarse que la Capital constituía el principal centro de atracción, al punto de que la mitad de

su población no era argentina. De ahí hacia la periferia iba menguando dicha atracción, aunque con el correr del tiempo tienden a disminuir las diferencias por efecto de la saturación en las proximidades del puerto bonaerense.

No sólo razones geográficas determinaban la preponderancia de extranjeros en la zona de influencia portuaria. Existían además razones ocupacionales. Como lo demuestra el censo, preferían los extranjeros el sector comercial y manufacturero, que por lo ya visto preponderaba en Buenos Aires.

La cría ovina predominante en Buenos Aires provocaba mayor densidad de población rural que antes, pero la concentración urbana provocada por las causas anteriormente reseñadas, permite que este sector hacia fines de siglo vuelva a sobrepasar, como antaño, al rural. Distinta es la situación de Córdoba y Santa Fe, donde la agricultura arraigaba tanta población rural como Buenos Aires, pero no localizaba tantos habitantes en las ciudades, cuyo comercio e industria cedía frente a la absorción porteña. En consecuencia, durante la primera mitad del siglo XIX Buenos Aires absorbía el 25 % de la población total, tasa que se mantiene sin mayor diferencia en 1869, pero pasa a 44 % á fines de siglo.

Adviértase que las cifras de población rural bonaerense poco difieren de la conjunta cordobesa y santafesina. El cotejo entre existencias ganaderas (ver cuadro N° 6) muestra, empero, neta superioridad para Buenos Aires; lo cual denota una vez más la importancia de la agricultura como causa de poblamiento. La raíz ganadera de la población rural bonaerense y la agrícola de las otras provincias señala también diferencias estructurales; la primera debió carecer de clase media, por constituirse esencialmente estancieros y peones; la cordobesa y santafesina, en cambio, contenía gran proporción de chacareros, típicos representantes de tal clase.

Tal composición permite inferir también muy distinto índice de masculinidad. La campaña bonaerense debió tener gran preponderancia masculina, por la posibilidad de que muchos estancieros residieran sólo temporariamente en sus explotaciones, muchas veces sin familia, con el agregado de que siempre se prefiere en esos establecimientos al peón soltero. Las zonas de chacras, por el contrario, debieron mostrar más equilibrio, por tratarse de empresas generalmente atendidas por un núcleo familiar. En uno y otro caso, la forzosa estacionalidad del trabajo requería grandes desplazamientos

de hombres, que explican la aparición de inmigrantes temporarios - "golondrinas" .

En otro orden de cosas, hubo también repercusiones que interesa anotar. El desarrollo lanar, basado sobre animales refinados, y la necesidad de asegurar el dominio efectivo de la tierra, tanto para ovinos como para vacunos; impuso el alambrado, que se torna imprescindible cuando comienza a generalizarse también el refinamiento vacuno. Esa necesidad se tornó más imperiosa donde se desarrolló la agricultura, para defenderla de la voracidad del ganado.

Además, al intensificarse la explotación ganadera, hubo que aprovechar campos desprovistos de aguadas naturales. Por ello, en el período que analizamos brotan por doquier sobre la llanura pampeana primero los baldes volcadores y más tarde los molinos. Aguadas y alambrados producen estancias muy distintas a las de antaño; la clásica forma rectangular, con una cabecera sobre la aguada natural, cede ante el cuadrado, que facilita los trabajos y abrevia recorridas. La chacra, por su parte, refuerza esa tendencia hacia el cuadrado, con subdivisión mayor tendencia a alejarse de los cursos de agua, por buscar campos altos. En una palabra, la explotación rural se aleja de los cursos de agua.

EL FRIGORÍFICO (1900-1920)

Cuando arribó a Buenos Aires el primer barco frigorífico (1877), signo de la creciente necesidad británica de carnes, se vislumbró una nueva era para el campo argentino. Pocos años después (1883) se instaló el primer establecimiento frigorífico, al que siguieron de inmediato otros. Pero los estancieros vieron defraudadas sus esperanzas en cuanto al vacuno. Fueron los ovinos quienes atrajeron el interés de la nueva industria, por tratarse de animales con mayor grado de refinamiento (hacia 1888 sólo quedaba un 24 % de animales criollos entre las majadas) y porque su menor tamaño facilitaba el proceso de congelamiento, sobre el cual poca experiencia había.

Dicho factor, unido a cuestiones sanitarias y a un cambio en la demanda de lana, que buscaba fibra de mayor longitud, produjo modificaciones en las majadas. Se sustituyó aceleradamente merinos por Lincoln, raza que proporciona reses más robustas y lana de menor calidad pero mucho más longitud. Tal proceso se manifestaba

con más intensidad en el área de influencia de los frigoríficos. Éstos se hallaban localizados en el puerto de Buenos Aires o en sus proximidades, siempre sobre aguas profundas, para permitir el acceso a los barcos de ultramar. Se reforzaba así una vez más la preeminencia porteña.

El vacuno también sintió el efecto de la mayor demanda británica de carnes, pero en menor escala, por el desinterés demostrado inicialmente por los frigoríficos. Se preparaban animales gordos para exportarlos en pie al Reino Unido, que requerían mejores razas y mejor alimentación. Hubo más interés por animales refinados y siembras de forrajeras verdadera novedad en el país del pastoreo natural, pero todo en escala muy limitada. Por ello en 1888 había 80 % de vacunos criollos y 65 % siete años después. Como las posibilidades existían para la zona de influencia del consabido puesto, no debe extrañar que Buenos Aires tuviera 50 % de vacunos refinados. Con todo, la cifra resulta modesta frente a la vista para ovinos.

En definitiva, el frigorífico no produjo cambios muy notables en la estructura económica hasta principios del siglo actual. En ese momento fue clausurado el mercado británico para las importaciones de animales vivos provenientes de la Argentina, por causa o pretexto de la aftosa. Faltó entonces carne en Gran Bretaña y sobraron vacunos en Buenos Aires; demás está decir que comenzó en ese momento la era frigorífica, que, cambió la técnica productiva ganadera, así como la cuantía y composición de las exportaciones, lo cual provocó a su vez profundos cambios económico-sociales.

Puede apreciarse a través del cuadro N° 9 el predominio del frigorífico, que ubica al renglón carnes, antes insignificante por su valor económico, como uno de los más importantes, mientras los embarques de lana reducen su participación en cifras totales y absolutas. En cuanto al sector agrícola, la novedad consiste en la incorporación de un nuevo rubro (lino) a los ya conocidos durante el período anterior (trigo y maíz), sin variar mayormente su incidencia porcentual, pese al aumento fugaz de 1919. Los valores totales permiten apreciar el considerable y veloz crecimiento del conjunto de exportaciones, que casi se cuadruplican en sólo veinte años.

Unas cifras complementarias (cuadro N° 10) demuestran que no sólo se trata de incrementos en la importancia del sector carnes, sino de cambios profundos en los tipos. Hasta fines del siglo anterior casi

todos los embarques de los frigoríficos estaban constituídos por carne ovina y conservas; las circunstancias antes apuntadas hacen que a partir de 1900 cobre rápida importancia el vacuno, que poco después se transforma en el eje motor de la actividad frigorífica, con retroceso para los restantes tipos.

CUADRO N° 10
Exportaciones de carnes (promedio anual en toneladas)

Períodos	Vacuna congelada y enfiada	Ovina congelada y enfiada	Conservada	Total (*)
1870-79	—	—	33.735	33.735
1880-89	78	5.703	27.757	34.016
1890-99	2.784	38.500	39.045	84.433
1900-04	64.555	73.253	17.553	160.891
1905-09	167.272	72.173	11.774	266.491
1910-14	328.918	67.163	7.336	436.859
1915-19	416.876	46.669	3.942	589.497

(*) Incluye otros tipos, además de los especificados.

Como respuesta al brusco cambio en la demanda, la ganadería sufre también rápida mutación (cuadro N° 11) . Buenos Aires, debido a la proximidad de los frigoríficos, marca rumbos. Como sus campos están ya casi totalmente ocupados, entre 1895 y 1908 reduce drásticamente sus ovinos, para permitir que en los mismos campos apacienten cantidades equivalentes de vacunos (conviene recordar que cinco o seis ovinos equivalen a un vacuno). El resto de la región pampeana menos influída por los frigoríficos, continúa aumentando sus existencias ovinas, a la par que las vacunas y la agricultura, con todo lo cual pone en explotación tierras antes inexplotadas. Sólo hacia fines del período que comentamos se observa en el conjunto de la región pampeana la misma tendencia a eliminar ovinos acusada por Buenos Aires desde un comienzo.

No sólo se trata de cambios cuantitativos; varía también fundamental y aceleradamente el tipo de vacunos. El frigorífico exigía animales de calidad; por eso Buenos Aires, que en 1896 tenía 50 % de criollos, baja a sólo 9 % hacia 1908. El resto del país sentía menos el influjo del frigorífico, por eso Santa Fe y Entre Ríos acusaban simultáneamente proporciones respectivas de 57 % y 41 %, y el país en conjunto 45 %. Como en tantas otras ocasiones anteriores, la

zona próxima al puerto de Buenos Aires vivía de inmediato al compás del progreso, con paralelas mejoras en su técnica productiva, que llegaba al resto del país con retraso proporcional a su distancia al puerto.

CUADRO N° 11
Existencias de vacunos y ovinos (miles de cabezas)

Jurisdicción	1898		1908		1922	
	Vacunos	Ovinos	Vacunos	Ovinos	Vacunos	Ovinos
Buenos Aires	7.746	56.630	10.351	34.605	15.508	12.902
Resto reg. pampeana	7.515	12.089	9.663	14.775	12.937	5.906
Región pampeana ..	15.261	68.719	20.014	49.380	28.445	18.808
Resto del país	6.444	5.661	9.103	17.832	8.620	14.401
Total del país ...	21.702	74.380	29.117	67.212	37.065	33.209

La mejor calidad de la carne se origina en razas seleccionadas, pero éstas tienen exigencias superiores a los animales rústicos, que deben satisfacerse so pena de no lograr éxitos. Por tanto, refinar ganados impone mantenerlos mejor, lo cual obliga a subdividir los campos en potreros de tamaño adecuado, provistos de pasturas cultivadas y aguadas. Todo ello provoca demandas copiosas en la importación de reproductores, alambre, molinos y semillas, que junto con tantos otros productos manufacturados podrán adquirirse en el exterior merced al poder adquisitivo de los grandes saldos exportables propios de un país de producción extensiva, que utiliza mucha tierra y poca mano de obra para su trabajo. Por ello el intercambio comercial logró entonces su más alta expresión.

Los estancieros bonaerenses, tocados más de cerca en virtud de su proximidad a los frigoríficos, carecían de elementos para trabajar la tierra y de personal idóneo. Optaron entonces por entregar parcelas de sus estancias en mediería, aparcería o arrendamiento a inmigrantes sin capital, que tanto abundaban entonces, atraídos por el vertiginoso desarrollo argentino. Estos inmigrantes se dedicaban a la agricultura sobre esos campos vírgenes por períodos breves por lo general tres años, para alfalfarlos al fin del lapso convenido, con lo cual restituían al propietario potreros de gran receptividad ganadera y pasaban a otro campo en las mismas condiciones anteriores.

Entre los años agrícolas 1894/95 y 1904/05 hubo los siguientes aumentos de sementeras: alfalfa, 251 %; lino, 179 %, y trigo, 139 %. Los incrementos y también sus diferencias, resultan explicables por el proceso descrito. En efecto, el lino se cultivaba preferentemente el primer año, sobre campo virgen, para seguir al año siguiente con trigo y cerrar el ciclo con siembras conjuntas de lino y alfalfa. Por tanto, el aumento de ésta influirá más sobre la oleaginosa que sobre el trigo. La notable diferencia entre alfalfa y lino se debe a que éste es anual y aquélla perenne, por lo cual las siembras de cada año se suman a las anteriores y abultan el aumento.

Explica también ese proceso la comentada aparición del lino entre las exportaciones agrícolas, que en definitiva deben considerarse en buena parte subproducto del desarrollo ganadero. También ésta origina siembras y exportaciones de avena que, como en el caso anterior, poco después llevan a la Argentina a constituirse en el mayor exportador de tales productos. En efecto, la alfalfa no proporcionaba forraje en invierno, por entrar en reposo vegetativo. Los avenales, en cambio, pueden pastorearse justamente en tal período, con lo que completan al alfalfar; por ello durante 1905/06 sembraba el país apenas 72.000 hectáreas de avena, y cinco años después superaba el millón de hectáreas. (ver cuadro N° 12).

CUADRO N° 12
Evolución de cultivos (miles de hectáreas)

R u b r o	Buenos Aires	Santa Fe	Córdoba	Total del país
Superficie total:				
1895	1.395	1.685	660	4.892
1908	6.616	3.486	3.199	16.304
1914	9.193	4.585	5.395	24.586
1921/22	—	—	—	22.880
Alfalfa:				
1895	161	134	198	713
1908	1.634	758	1.334	4.657
1914/15	2.450	1.262	2.000	7.373
1921/22	2.935	1.377	2.065	8.375
Trigo, lino y maíz:				
1895	1.103	1.484	425	3.681
1908	4.416	2.820	1.924	8.072
1914/15	4.085	2.829	3.040	12.187
1921/22	3.198	2.413	2.815	10.310

Refleja el cuadro N° 12 las consecuencias del proceso reseñado. Buenos Aires que en 1895 sembraba menos trigo, maíz y lino que Santa Fe, la sobrepasa muy holgadamente para 1908 y comienza después una declinación agrícola, pues las sementeras habían cumplido ya la misión de servir como cabecera para la implantación de alfalfares, cuya cifra continúa en ascenso hasta 1922/23. Proceso similar ocurre en Córdoba, con la diferencia de que como restaba tierra disponible, pudo continuar la agricultura en otras tierras una vez cumplido el ciclo descripto antes. Esa provincia, como Santa Fe, si bien aumenta sus forrajeras, continúa con carácter preponderantemente agrícola, como lo demuestra la alta proporción de trigo, lino y maíz respecto a la superficie cultivada total.

En la forma expuesta se resolvió un problema ganadero y hallaron tierra para trabajar personas desprovistas de capital: Pero el sistema dejó profundas huellas en el régimen de la tierra, como lo indica el cuadro N° 13. Cuatro o cinco años del nuevo siglo bastaron para duplicar el número de chacras, pero sobre la base de no propietarios, sobre todo en Buenos Aires y Córdoba, donde más se difundió la

implantación de pasturas mediante agricultores. Los diez años subsiguientes modifican poco el panorama.

CUADRO N° 13
Chacras en la región pampeana y proporción de propietarios

Jurisdicción	1899/1900		1905/1906		1916/17	
	Nº	% de prop.	Nº	% de prop.	Nº	% de prop.
Buenos Aires ...	8.179	40	18.286	26	22.682	29
Santa Fe	11.471	39	16.154	36	14.569	33
Córdoba	2.451	39	8.512	28	10.765	27
Total (*)	26.144	42	51.427	32	56.506	31

(*) Incluye también a la Pampa, San Luis y Entre Ríos.

Quedaba solucionado el problema de implantar pasturas y rotar agricultura con ganadería para aumentar la productividad de la tierra, pero a costa de una vida transhumante para miles de agricultores. Según el censo de 1914, sobre 75.500 chacareros arrendatarios, aparceros o medieros, 42.300 tenían convenios por menos de tres años y 10.600 por ese lapso. Apenas 13.000 tenían asegurada una permanencia de cinco o más años. Tal precariedad impide toda preocupación por conservar el suelo y obliga a vivir sin comodidades, pues todo es efímero. El modo de vida así forjado debería tener más tarde proyecciones negativas, pues aun convertidos en propietarios, muchos conservaban por rutina hábitos de vida y trabajos adquiridos en años iniciales.

Tal sistema, agravado en muchas ocasiones por abusos de otros órdenes, no fue aceptado sin resistencias por los chacareros. Prueba elocuente lo constituyen numerosas manifestaciones de protesta que, como el llamado "grito de Alcorta" (1912), translucían evidente malestar social. Su consecuencia más visible radica en el nacimiento de 1a Federación Agraria Argentina.

Fácil resulta demostrar la preponderancia del propietario argentino en las explotaciones ganaderas, y del no propietario extranjero (presumiblemente inmigrante y casi siempre italiano) en el sector agrícola. Basta resumir algunos datos proporcionados por el censo de 1914 (cuadro N° 14).

C U A D R O N° 14
Productores agropecuarios según régimen de la tierra y nacionalidad
(Año 1914)

Productores	Agricultura		Ganadería		Total	
	Miles	%	Miles	%	Miles	%
Propietarios:	72,4	44	66,6	59	139,0	50
Argentinos	43,0	26	51,1	45	94,1	34
Italianos	15,2	9	4,3	4	19,5	7
Españoles	4,6	3	3,1	3	7,7	3
Arrendatarios:	75,5	46	30,4	27	105,9	38
Argentinos	20,9	13	20,1	18	41,0	15
Italianos	34,5	21	2,2	2	36,7	13
Españoles	9,0	6	3,8	3	12,8	5
Total del país (*) .	163,0	100	112,3	100	275,4	100
Argentinos	70,5	43	83,3	74	153,8	56
Extranjeros ...	92,6	57	29,0	26	121,6	44

(*) Además de propietarios y arrendatarios, incluye una categoría que el censo denomina "empleados" (presumiblemente administradores, mayordomos o encargados).

En conjunto, existía entre los productores agropecuarios un 44 % de extranjeros, tasa muy similar a la correspondiente a todo el país, que según el mismo censo fue de 48 %. Pero como los peones y asalariados en general eran preponderantemente argentinos, la proporción total de extranjeros entre las personas ocupadas por todo el sector agropecuario descendían al 37 %. Es que los inmigrantes preferían en general industria, construcción o comercio, donde representaban más de la mitad del sector. Confírmase de tal modo nuestro aserto anterior de que los inmigrantes preponderaban más en el medio urbano; en el ambiente rural constituían el grueso de una incipiente clase media, ubicada entre dos sectores esencialmente nativos: los estancieros y los peones. Cabe recordar que la mayoría de los chacareros argentinos descendía en línea directa de los primeros colonos inmigrantes de Santa Fe, Córdoba y Entre Ríos, cosa que no ocurría con los peones, casi siempre criollos de vieja estirpe.

Las mismas transformaciones económicas que promovían ese tipo de poblamiento en la región pampeana, cuyo volumen imprimía sello particular a los totales del país, causaban también transformaciones en otros órdenes. La creciente importancia del frigorífico y los granos

obligaba a constantes expansiones en la red ferroviaria; los 16.500 kilómetros de vía con que principió el siglo, fueron 28.000 un decenio más tarde y casi 34.000 al llegar 1920. Como la producción agropecuaria argentina se orientaba fundamentalmente hacia la exportación, los rieles, que cual abanico recorrían la pampa en su busca, convergían hacia los puertos, en especial al de Buenos Aires.

Pero el incremento de los granos provocó cambios de importancia en el origen de los embarques. Cuando no existía agricultura casi todo el intercambio se efectuaba por Buenos Aires, pero con el advenimiento de ésta y la carne congelada cambia parcialmente el panorama. Los granos se caracterizaban por una relación peso-valor mucho más amplia que la carne y la mayoría de los productos ganaderos. En otras palabras, a igualdad de peso los productos ganaderos valen mucho más que los agrícolas. Por ello, si bien el valor de las exportaciones agrícolas no superaba al de las ganaderas (ver cuadro N° 9), en peso la diferencia resulta abrumadora: 90 % del total embarcado corresponde a productos agrícolas y sólo 8 % a los ganaderos.

Tal circunstancia adquiere valor, por determinar el equipamiento y magnitud de las instalaciones portuarias. Buenos Aires podría recibir sin mayor dificultad los granos por ferrocarril y transferirlos a bodegas, pero la comentada amplitud de la relación peso-valor y la carestía del flete ferroviario frente al acuático restan movilidad terrestre a los granos y obligan a embarcarlos por el muelle más cercano. Por eso nacen y se fortalecen varios puertos fluviales sobre el Paraná, que reducen la importancia, en volumen, de los embarques por Buenos Aires. Empero, la mayoría de buques cargados en tales puertos arriba a Buenos Aires para completar su carga, con productos agrícolas de su campiña o bien ganaderos, provenientes de los frigoríficos próximos.

Si la capital pierde algo de su importancia como centro exportador, nada cede como importador. Juega a su favor, en sentido contrario, la misma relación peso-valor, que por ser estrecha para la mayoría de las importaciones, admite una gran centralización portuaria y posterior distribución terrestre por ferrocarril. De ahí que Buenos Aires reciba entre 75 % y 85 % en peso de las importaciones.

También por influjo de la misma relación peso-valor, el tráfico ferroviario hacia los puertos superaba mucho en toneladas al efectuado en sentido inverso. En efecto, por dichos puertos salían las

exportaciones que procuraban el poder adquisitivo para las importaciones, pero aquéllas se caracterizaban en conjunto por una relación peso-valor más amplia que el conjunto de las importaciones, consistentes en productos elaborados. Por tanto, el gran volumen de bienes que los ferrocarriles llevaban a puerto era intercambiado por mucho menor volumen de otros bienes más valiosos, cuya distribución terrestre se limitaba, por ser en su mayor parte consumidos en el principal mercado: la Capital Federal y sus alrededores.

En definitiva, una serie de factores contribuyen a robustecer el conglomerado urbano que más tarde formaría el Gran Buenos Aires, donde se centralizan comunicaciones, transportes, bancos y todo lo restante del vasto sector terciario indispensable para asegurar la comercialización de los bienes que entran y salen por ese punto. Tal concentración urbana creaba por sí mercado para otras actividades económicas, como industrias, que a su vez contribuirán a reforzar el proceso centralista, hasta convertirlo en círculo vicioso. Ello, junto con la distinta utilización de la tierra en Buenos Aires y otras provincias de la región pampeana (ver cuadro N° 12), se refleja en la evolución demográfica (cuadro N° 15).

CUADRO N° 15
Población argentina (miles de habitantes)

Concepto	1895	1914
Buenos Aires (*)	1.584	3.642
Urbana (*)	988	2.700
Rural	596	942
Santa Fe	397	899
Urbana	130	425
Rural	267	474
Córdoba	352	736
Urbana	67	302
Rural	285	434
Resto del país	1.622	2.608
Urbana	294	730
Rural	1.328	1.878
Total	3.955	7.685

(*) Incluye Capital Federal.

Adviértase un extraordinario incremento de la población urbana bonaerense, aglomerada esencialmente alrededor de sus puertos, que triplica a la rural. Santa Fe, si bien muestra fuerte aumento porcentual de habitantes urbanos producto del crecimiento portuario ligado a granos , tiene la mayor parte de sus pobladores en la campaña, como consecuencia del insumo de trabajo que demanda la agricultura. Igual panorama ofrece Córdoba.

En mucha menor medida crece el resto del país, al punto que entre 1895 y 1914 su participación en el caudal demográfico nacional baja de 41 % a 33 %. Se trata de habitantes en su gran mayoría dispersos en el medio rural, que producen bienes para el abasto local o para enviar al litoral. Buenos Aires y Capital Federal, con 46 % del total, agrupan más población que esa vasta parte del territorio nacional.

La expansión agropecuaria pampeana se logró durante este período por aumento de la superficie ocupada fueron puestas en explotación 10 millones de hectáreas y también por paso de una economía casi puramente pastoril a otra ganadera y agrícola, menos extensiva y por tanto con más demanda de trabajo y mayor productividad por hectárea. Se explica así la capacidad rural de absorción inmigratoria con paulatino crecimiento de los saldos exportables. Podría decirse que la demanda de trabajo agrario superaba a la oferta, lo cual obligaba al mayor uso posible de máquinas. La productividad por hombre era esencial para un país eminentemente exportador, mientras la productividad por hectárea sólo interesaba en función de la anterior. Cuadro típico, en resumen, de una labor agropecuaria netamente extensiva y mecanizada, con la resultante de bajas densidades de población rural. Tal mecanización debe ubicarse en función de la técnica imperante no con los ojos de hoy y podía considerarse a la par de los países más adelantados de la época.

Concluyendo, durante el período que comentamos los vacunos, valorizados merced al frigorífico, elevan su productividad en forma que desplazan al ovino, relegado desde entonces a una función complementaria, ya no fundamental. La agricultura, a su vez, también gana amplias zonas de la región pampeana. Tras secular incompatibilidad mutua, ganadería y agricultura coexisten sin problemas, gracias al alambrado. Éste, y la aguada artificial, simbolizan la conquista de los campos altos, alejados de los cursos de

agua, donde, a diferencia de antes, se concentra la explotación agropecuaria, lo cual equivale a concentrar la población rural.

LA AGRICULTURA (1980-1940)

Al comenzar la década de 1920, la región pampeana acusa neto predominio vacuno, pese al desarrollo agrícola ya comentado. Quedaban ya totalmente ocupados sus campos aptos, de modo que a partir de entonces no podrá expandirse el monto total producido por la puesta en explotación de nuevas tierras. Dicha circunstancia hubiera mermado sensiblemente la disponibilidad de bienes por habitante de no mediar el aumento de productividad por hectárea que ocurrió entonces, consecuencia no tanto de mayores rendimientos, sino de una mayor utilización de tierra para agricultura, cuya productividad es mayor que la ganadera. El proceso se advierte sin ningún esfuerzo en el cuadro N°16, que además resume el uso del suelo pampeano en otros períodos.

CUADRO N° 16

Uso de la tierra en la región pampeana (millones de hectáreas)

Años	Agricultura	Animales de renta			Equinos	Total
		Total	Vacunos	Ovinos		
1875	0,5	26	13	13	5	32
1895	3	33	19	14	5	41
1922	11	31	28	3	8	50
1930	16	24	21	3	7	47
1934	17	23	20	3	7	48
1937	17	25	22	3	6	48

La superficie total ocupada no varía. Pese, a las imperfecciones estadísticas puede apreciarse su estabilización alrededor de los 48 millones de hectáreas, nivel que coincide con la superficie total de tierra apta disponible en la región. Por hallarse entonces totalmente ocupadas las tierras, cosa que aconteció en el período anterior, cualquier ampliación de superficie destinada a una actividad se logra a expensas de otra. Así ocurrió con el aumento agrícola, en desmedro de la superficie destinada a vacunos.

Bien conocidas son las causas del cambio en el uso de la tierra, que tiene amplias derivaciones sociales y económicas. Una profunda

crisis ganadera estallada .en 1921 obliga a muchos estancieros a liquidar ganados a cualquier precio. Cunde entonces mayor interés por la agricultura, cuyos productos gozan de buen mercado exterior y cuyo desarrollo armoniza con el constante flujo inmigratorio que asegura la mano de obra necesaria, y hasta obliga a ir hacia formas menos extensivas de trabajo rural, agotadas ya las disponibilidades de tierra pampeana. Recordaremos que en la década 1920-29 la corriente inmigratoria dejó un saldo neto de casi un millón de personas, aporte considerable para una población de diez millones.

Claro está que ese considerable aporte inmigratorio no fue solo al campo; por el contrario, como ya señaláramos en otros capítulos, se orientó preferentemente hacia el medio urbano. Con mayor ímpetu ahora que antaño, por una , sencilla razón: la ocupación plena de la región pampeana limitaba las fuentes de trabajo y consecuentemente la movilidad social, mientras el vigoroso crecimiento de las poblaciones urbanas las convertía en semillero de posibilidades. Frenaba también la movilidad el hecho de que el tránsito hacia agricultura la efectuaban los estancieros sin desprenderse de la tierra, vale decir, trabajándola directamente o, con más frecuencia, dándola en arrendamiento o aparcería. De ahí que la proporción de propietarios en la región pampeana bajara de 40,4 a 35,5 % en 1937.

Según el cuadro N° 16, si bien la superficie ocupada no varía, se altera la distribución de la misma: el vacuno pierde entre 1922 y 1937 unos seis millones de hectáreas, que pasa a ocupar la agricultura, cuya superficie durante todo el lapso que comprende el período bajo análisis marca las cifras más altas de nuestra historia.

Ellas explican la absorción de trabajadores, pese a la estabilización de superficies ocupadas. En efecto, como gran promedio; podemos decir que en la región pampeana la agricultura insume hoy 447 jornadas anuales por hectárea, mientras la ganadería necesita sólo 3. Esta relación de necesidades de mano de obra debió ser más amplia en esa época, por la menor mecanización de la agricultura y la casi similar forma de trabajo ganadero.

Consecuentemente con la menor extensividad de las áreas agrícolas respecto a las ganaderas, éstas por unidad de superficie, producen en promedio menos que aquéllas. Según estimaciones actuales, una hectárea de agricultura en la región pampeana brinda productos por valor de 366 pesos (a precios de 1950), mientras la

cifra para ganadería sólo llega a 125, vale decir una relación de uno a tres. No debe extrañar entonces que el mayor énfasis agrícola, característica del período 1920/40, elevara sustancialmente el valor conjunto de la producción agropecuaria pampeana, poblara más sus campos e incrementara la importancia de la producción agrícola nacional dentro del total.

Respecto de esto último, señalaremos que en 1915-19, por cada cien pesos producidos por la ganadería, 118 lo eran por la agricultura; entre 1925 y 1940, en cambio, la proporción oscila de 134 a 141. Análogamente, entre 1920 y 1938 las exportaciones agrícolas se mantuvieron alrededor del 58 % del valor total, cosa que antes sólo esporádicamente se había producido (en 1915-19 la proporción sólo llegó a 39 %).

CUADRO N° 17
Producción agropecuaria argentina y pampeana
(en pesos a precios de 1950 y en %)

	Del país			Región pampeana			
	Producción (millones)	Exportado (1) (millones)	%	Producción		% de agri- cultura so- bre prod. pampeana	% absorbi- do por el consumo interno
				% total del país	Por habit. del país		
1900-04 .	4.152	2.177	52	95	825	7	55
1920-24 .	8.724	4.148	48	79	735	55	60
1925-29 .	9.945	5.179	52	78	710	60	67
1930-34 .	10.545	5.043	48	76	650	60	63
1935-39 .	11.591	4.084	43	74	635	58	58

(1) A precios de mercado interno y en términos de productos primarios.

Reseña el cuadro N° 17 el proceso evolutivo de la producción agropecuaria. Puede advertirse el constante y fuerte aumento de la producción, orientada casi por partes iguales al consumo interno y la exportación. Tan altos saldos exportables permitían adquirir en el exterior todo lo necesario para la vida nacional.

La producción pampeana era casi la única en 1900-04, pero el despertar producido por el ferrocarril hace que entre 1920 y 1940 disminuya algo ese predominio, que no deja de ser absorbente. De cualquier modo, la producción pampeana no crece al mismo ritmo que la población, como lo delata la merma constante en el promedio de producción por habitante. Si bien ello no afecta sustancialmente al conjunto de saldos exportables (los agrícolas aumentan), la

tendencia adquiere importancia, que será posteriormente mayor en un país donde casi todo lo no agropecuario debía adquirirse en el exterior.

Puede notarse también que la producción pampeana, de acuerdo con la línea tradicional, se orienta en gran parte hacia la exportación, aunque el consumo interno comienza ya a retacear sus excedentes. De cualquier modo, ese mercado interno pesa menos en ellos que en el resto del país, cuya producción la absorbía en su mayor parte (78 % para 1935-39) la demanda interna. Continúa, por tanto, el viejo esquema tradicional.

Si bien la tranquilidad económica del período fue bastante perturbada por la crisis mundial desencadenada en 1929, pocos años después se notó fuerte recuperación. En conjunto, se trata del último período de largo y parejo desenvolvimiento económico argentino, claro está que dentro de una economía de país esencialmente agropecuario a importador. Precisamente, la persistencia posterior de esa misma estructura en medio de un panorama demográfico y económico que ya lo desbordaba completamente, fue causa de posteriores y graves desequilibrios.

A ese lapso de nuestra vida económica corresponde el famoso calificativo de "canasta de pan del mundo". Asentado sobre una preeminencia absoluta en la mayoría de los renglones del comercio internacional de productos primarios, la Argentina ocupaba el primer lugar como exportador de lino, extracto de quebracho, maíz, carne vacuna, avena y cebada; el segundo en cuanto a caseína, trigo, centeno y lana, y el tercero respecto de carne ovina.

Los aumentos de producción, especialmente en el rubro cereales, repercuten sensiblemente sobre la infraestructura. Ya señalamos antes la influencia de los granos sobre el sistema ferroviario y portuario. Pero el sistema ferroviario no creció en la medida de la demanda general. El violento aumento que comentamos entre 1907 y 1914 fue seguido por una estabilización posterior hasta 1922. El incremento agrícola provoca otra expansión, hasta 1930, pero que no se manifiesta en las redes troncales sino en los ramales, que en más de una ocasión llegan al exceso, pues lo motiva el simple deseo de asegurarse el dominio de una zona.

El ancho de zona correspondiente a Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba (vale decir, la relación entre superficie territorial y longitud de vías) oscila alrededor de los 25 kilómetros, o sea 12-13 kilómetros

a cada lado de la vía. Tal densidad férrea se registró pocos años antes de ese período en Estados Unidos, pero con una densidad de población, y por ende de tráfico, muy superior a la nuestra. Por el contrario, Bélgica y Gran Bretaña, de mucho más desarrollo económico, registraban anchos de zona de 35 y 83 kilómetros, respectivamente.

El desarrollo agrícola pampeano, en resumen, exacerbó la diferencia anterior con el resto del país, al punto que la longitud de vías de Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe y La Pampa, que representaba el 73 % del país al comenzar el siglo, subió a 78 % en 1930. Tenía el país 1,5 kilómetros de vías férreas cada 100 kilómetros cuadrados de superficie, pero sólo 1,1, de caminos de tránsito permanente.

Análogo en cierta forma resulta la influencia sobre los puertos. Hacia 1929, el país importaba 12,5 millones de toneladas, de las cuales el 80 % mediante el puerto de Buenos Aires, que en 1913 sólo absorbía el 75%. En cambio las exportaciones por la misma localidad representaban en ambos períodos el 29 % del volumen total, que sólo en granos sumaba 12 a 14 millones de toneladas.

Es que Buenos Aires concentraba especialmente las mercaderías de alto valor por unidad de peso, o bien aquellas como el carbón, de gran consumo local. Los granos, en cambio, eran conducidos al puerto más próximo. Por no poder soportar mayores gastos de fletes.

Los cereales constituían la máxima actividad del sistema portuario argentino, en valor y peso. Buenos Aires, cuyo puerto se había ampliado con una nueva sección, no estaba, empero, capacitado para absorber tanto volumen, pero esas cargas constituían la vida de los otros puertos de ultramar y de gran parte de los restantes.

Vemos aquí, una vez más, que la incrementación de los granos sobre la base de un esquema centralista, si bien beneficia en cierta forma la economía nacional, por otra parte agrava el esquema vicioso. Unas localidades urbanas, todas ellas cabeceras de puente hacia el exterior, robustecen su importancia absorbente, frente a un campo relativamente despoblado.

La exportación de cereales requiere acceso a rutas de ultramar, depósitos y equipos; además la característica argentina estriba en exportar lo más rápidamente posible el cereal (4 meses después de la cosecha apenas resta el 40% del saldo exportable). Por eso tienen poca importancia las instalaciones de campaña, el tráfico es muy estacional, los puertos y elevadores terminales adquieren volumen

relativamente grande y las instalaciones portuarias se destacan más por su velocidad que por su capacidad de almacenamiento. En una palabra, todo debe ir de inmediato a la bodega, permaneciendo el tiempo más breve posible en la campaña, lo cual incrementa la importancia de los núcleos urbanos y aumenta la estacionalidad del trabajo, con las previsibles consecuencias sociales.

En el aspecto ganadero ocurre también una transformación de importancia: adquieren gran peso los embarques de carne enfriada. Si bien este sistema comenzó a aplicarse en 1908, cuando principiaba a adquirir volumen lo interrumpió la guerra de 1914-18. La carne enfriada es muy superior en calidad a la congelada, tanto que resulta similar a la carne fresca. Su inconveniente radica en que no puede conservarse más allá de 40-45 días posteriores al sacrificio del ganado, mientras la congelada lo hace indefinidamente si no sale de las cámaras frigoríficas.

Desde la segunda década del siglo XX en adelante comienza el reinado de la carne enfriada, que desaloja de su centro al congelado (cuadro N° 18). Cuando después de 1930 se conmueve el comercio internacional por la continua expansión del proteccionismo y el país tropieza con dificultades para ubicar sus carnes, reduce considerablemente las exportaciones de congelado, pero apenas varía las de enfriado.

CUADRO N° 18
Exportaciones de carne vacuna

(promedios anuales en millones de toneladas)

Períodos	Enfriada	Congelada
1905-09	1,5	165,8
1910-14	27,7	304,0
1915-19	14,7	402,1
1920-24	207,4	—
1925-29	402,2	—
1930-34	353,2	56,4
1935-39	371,9	65,1

Si el enfriado es de alta calidad, requiere animales de buena raza y gran preparación; si no permite una larga conservación, para satisfacer una demanda constante exige una oferta constante. El

congelado, en cambio, podría satisfacer la demanda con una producción estacional. Por todo ello cobra más valor que antes el refinamiento ganadero y la necesidad de contar con buenos pastos todo el año, especialmente en las épocas más difíciles del invierno, a fin de que no decaigan las entregas.

Se erige entonces en casi dueño de la situación el invernador, que ya no es tal por encontrarse cerca de Buenos Aires (como en la época del saladero), sino por disponer de buenos pastos invierno y verano. Tal tipo de ganadero resulta esencial para el frigorífico, pues es el único capaz de asegurarle entregas constantes y voluminosas. En consecuencia, los invernadores pasan a gozar de tratamiento especial y a diferenciarse de los demás (criadores), que vienen a quedar casi subordinados a ellos, y constituyen la única vía para llegar al frigorífico.

Como antes se diferenció el ganadero de la zona de influencia frigorífica de sus colegas ajenos a ella, ahora se distancia el invernador del criador. Éste ya no trata más con el frigorífico. Aquél goza de las preferencias del industrial, que le compra directamente sus tropas en estancia; si alcanzan gran volumen.

La necesidad de ampliar los campos de invernada hace pensar en las excelentes condiciones que reúne el noreste de Buenos Aires y zonas vecinas de La Pampa y Córdoba para ese engorde constante. El ferrocarril permite transportar hasta allí animales desde el sudeste de Buenos Aires para completar su preparación y retornarlos a los frigoríficos sin desmedro de la calidad ni cantidad. Como se trata de una zona buena para alfalfa, pero más apta para centeno que para avena, brotan las consociaciones entre ambas forrajeras, y por eso encontramos que en esta época el centeno comienza a gravitar en las estadísticas, en las que antes no figuraba, y el país se convierte en primer exportador de ese grano.

Culmina así el ciclo que iniciara el saladero, que comenzó el alejamiento entre el productor de ganado y consumidor de carne. El criador no llega al frigorífico y queda subordinado al invernador. Éste, a su vez, depende del frigorífico, que constituye su única salida. Por último, sólo puede haber posibilidad de actuar con éxito si el frigorífico coordina su acción con las bodegas provistas de equipos adecuados. Por tanto, quien disponga de éstas maneja toda la economía ganadera.

El invernador, por trabajar en campos altos donde puede hacerse agricultura o forrajes, se encuentra a su vez en posición ideal para ejercer una u otra rama de la actividad agropecuaria, según convenga más. El criador, en cambio, es ganadero casi obligado, por tener pocas posibilidades agrícolas. Más adelante veremos como repercute esto sobre la estructura de las explotaciones.

El cuadro N° 16, visto algo más atrás, señalaba que pese al aumento de agricultura y la consiguiente demanda de trabajo, disminuían en 2 millones de hectáreas las tierras necesarias para las caballadas. Tal proceso es consecuencia de una mecanización constante, que venía de antiguo, a la que se une una creciente motorización: tractores y automotores reemplazan la tracción a sangre.

Dicha mecanización repercute también socialmente en una forma saludable; amengua paulatinamente la típica estacionalidad del trabajo rural, que obliga a migraciones de mano de obra. Antaño fue famosa la Argentina por los inmigrantes "golondrinas", que llegaban para la época de cosecha fina, y tras un corto lapso retornaban a sus países. Hacia 1920 ya entró en el ocaso ese sistema, que posteriormente desapareció; las inmigraciones "golondrinas" fueron sustituidas por migraciones internas, de intensidad decreciente por un mayor use de elementos mecánicos. Ello refuerza el carácter familiar de la explotación agropecuaria, que requiere cada vez menos consenso temporario. Los censos reflejan bien el proceso (cuadro N° 19): menos personas con más preponderancia del núcleo familiar y menos ayuda estacional, trabajan sobre más superficie y en forma menos extensiva.

CUADRO N° 19
Personal ocupado en tareas agropecuarias

Concepto	1908	1914	1937
	(miles de personas)		
Personal permanente	1.212	1.411	1.478
Productor y familiares		789	1.192 (1)
A sueldo		622	286
Personal transitorio	809 (2)	563	521
TOTAL	2.021	1.884	1.999
	(% sobre permanencias)		
Proporción de transitorios	67	41	35
	(millones de hectáreas)		
Superficie explotada	117	163	175
	(hectáreas)		
Superficie por persona	58	82	88

(1) No queda bien claro si incluye a los productores. Si no fuera así, la cifra subiría aproximadamente a 1.300.000 personas.

(2) Para hacerla más comparativa con las cifras de otros censos se excluyó al personal de esquila (272.000 personas).

La crisis de 1930-33 abre cierto paréntesis a este y a tantos otros aspectos reseñados, de los cuales comienza posteriormente una recuperación que vuelve a acortar la segunda guerra mundial, estallada en 1939, pero cuyos verdaderos efectos se sintieron al año siguiente. En cuanto a mano de obra, sobreviene una fuerte desocupación, como defensa ante la cual se cierra la inmigración. Los centros urbanos amenguan su ritmo de crecimiento y el campo pierde interés en la mecanización, ante una amplia disponibilidad de mano de obra muy barata.

En el año 1937, ya bastante recuperado el país de esa crisis, se levanta un censo agropecuario, del que ya utilizamos muchos datos. Quedan amplia gama de otros para ilustrar el estado del campo al finalizar este período. Sólo destacaremos algunos.

Las condiciones sociales y económicas reseñadas conducen a un sistema de explotación rural sin mucha continuidad en el mismo establecimiento, como lo demuestra el cuadro N° 20. Puede apreciarse que en Buenos Aires y La Pampa, cuya agricultura se desarrolló

análogamente como subsidiaria de la ganadería, los productores con no más de cinco años de antigüedad en sus establecimientos constituyen abrumadora mayoría (casi la mitad) frente a los restantes grupos. Sólo en Entre Ríos y Santa Fe, donde la colonización tuvo más impulso, más del 50 % de los productores cuentan con más de un decenio de arraigos en los predios.

CUADRO N° 20

Productores agropecuarios según antigüedad en el predio que trabajan
Año 1937 (en % sobre el total)

Antigüedad	País	Bs. Aires	La Pampa	Córdoba	Entre Ríos	Santa Fe
Hasta 5 años	37	42	43	36	31	20
Más de 5 y hasta 10	20	21	22	20	16	27
Más de 10 y hasta 15	13	13	16	14	10	18
Más de 15 años	30	24	19	30	43	35
Total	100	100	100	100	100	100

Se observa también que las categorías más frecuentes son las extremas. Ello indica una fuerte cantidad de agricultores de reciente instalación y otros de antigua data, sin nexo de continuidad entre ambos. Teniendo en cuenta la fecha del censo y los años de la categoría más antigua, cabe afirmar entonces que a partir de la segunda década del siglo se hizo mucho más difícil el acceso a la propiedad de la tierra y la contratación por plazo largo, cosa lógica considerando las modalidades económicas y que ya se había ocupado la tierra disponible de la región pampeana.

Otros aspectos interesantes para nuestro estudio que surgen del censo de 1937 quedan representados gráficamente en los mapas que se acompañan. El mapa N° 20 localiza las principales regiones social-agrarias, determinadas en virtud de los tipos que constituyen la actividad agraria predominante, desde el punto de vista de ocupación de la mano de obra. La región pampeana muestra predominio de granos finos en su mayor parte, excepto la zona maicera (norte de Buenos Aires y sur de Santa Fe), la de invernada (noroeste de Buenos Aires) y la de cría (sudeste de Buenos Aires). Era la agricultura la principal fuente de trabajo en casi toda la región.

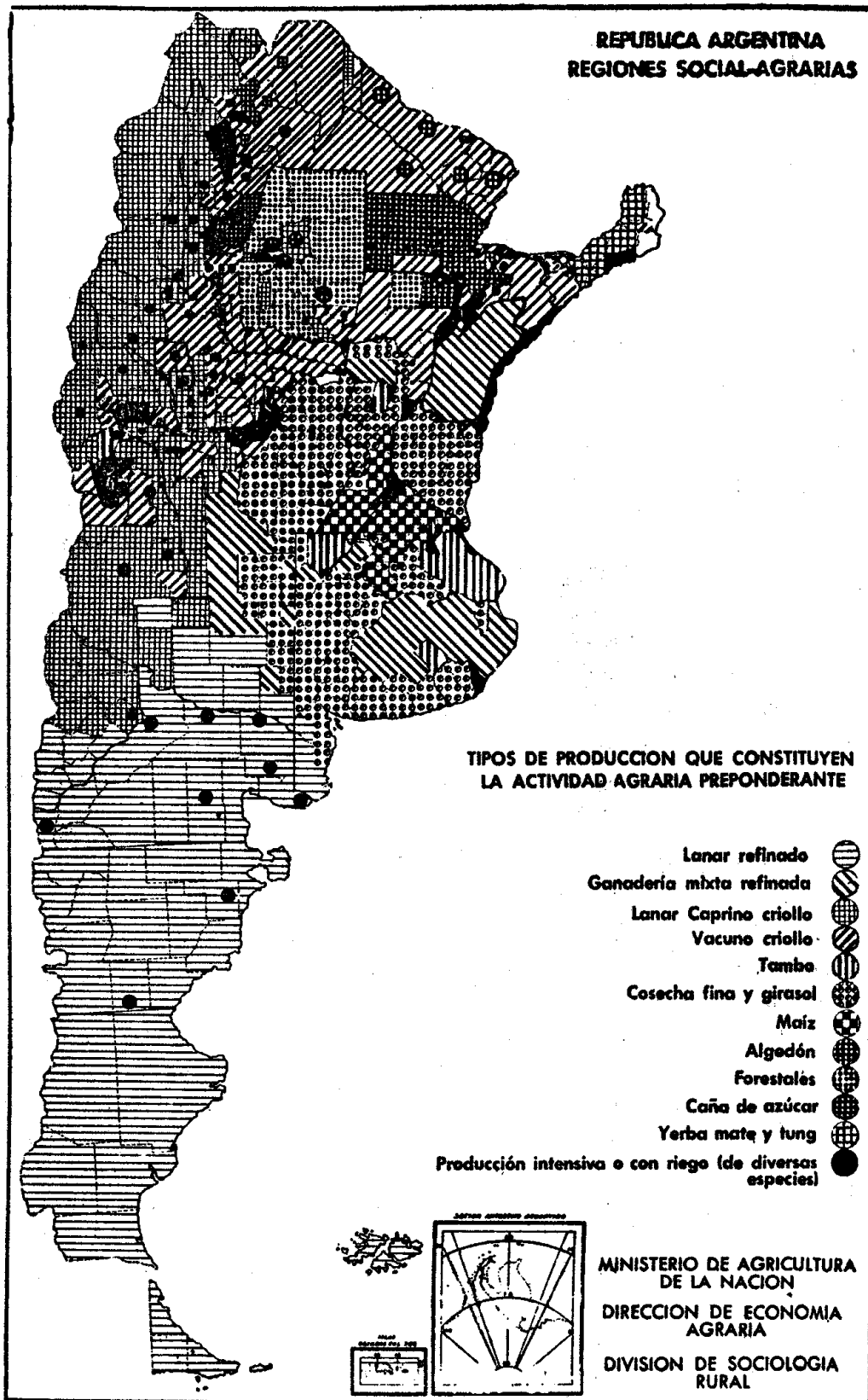
La comparación con el mapa N° 2 permite apreciar que en la zona ganadera de cría predominan los productores argentinos, mientras los españoles cobran importancia en la agrícola ganadera del oeste de Buenos Aires y este de La Pampa; más al norte hay abundancia de italianos. .En una palabra: extranjeros en las chacras, argentinos en las estancias. No se analizan las restantes regiones que indica el mapa para no salir del esquema de trabajo trazado.

Los tipos de producción, así como el régimen de la tierra, dejan influencia en las condiciones de la vivienda, indicadas por el mapa N°3. Corresponden a las zonas de grano fino, y tambo de la región pampeana los más altos índices, que decaen en la zona maicera y llegan al más bajo en la ganadera, sobre todo en la de cría.

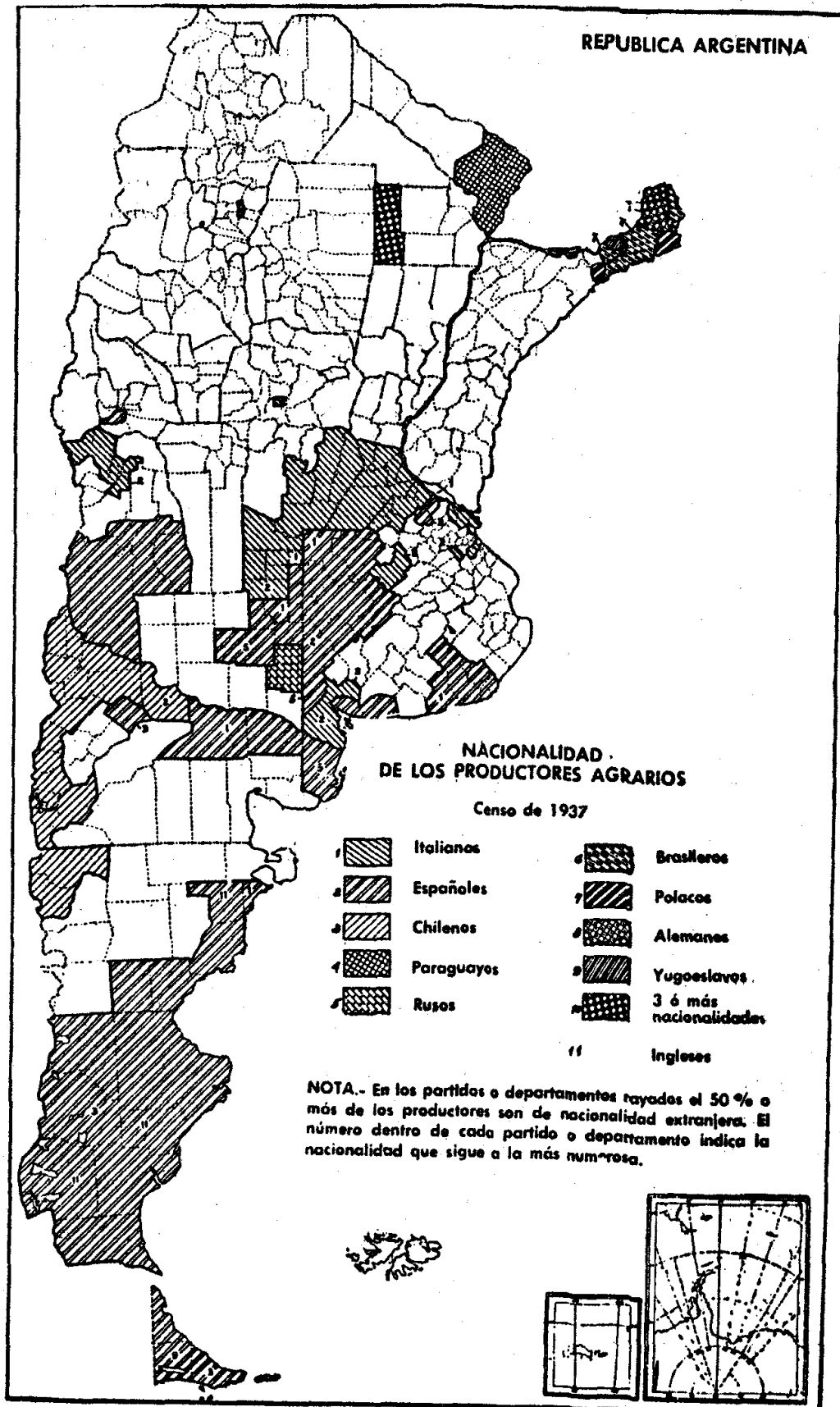
Por último, deseamos destacar la influencia del tipo de explotación en el régimen familiar de trabajo (mapa N° 4). La zona triguera y tambera ubicada al norte de la región pampeana, cuna de la colonización comercial que dio pie a la agricultura en el país ofrece la más alta proporción de explotaciones familiares. La tasa decrece hacia el sur, al entrar en la zona maicera, baja más en la de invernada (donde alternan estancias, estanzuelas y chacras) y toca su expresión más baja en la zona de cría, exclusivamente ganadera. Las razones resultan obvias: las chacras son en nuestro país explotaciones casi siempre manejadas por un productor y su familia, que viven en ellas, mientras en las estancias resulta más frecuente el trabajo asalariado y suele la familia no residir en el predio.

Generalizando, podríamos decir que encontraremos abundancia de clase media en zonas de explotación familiar, en este caso agrícolas y tamberas. En las ganaderas habrá más polarización hacia las clases alta y baja.

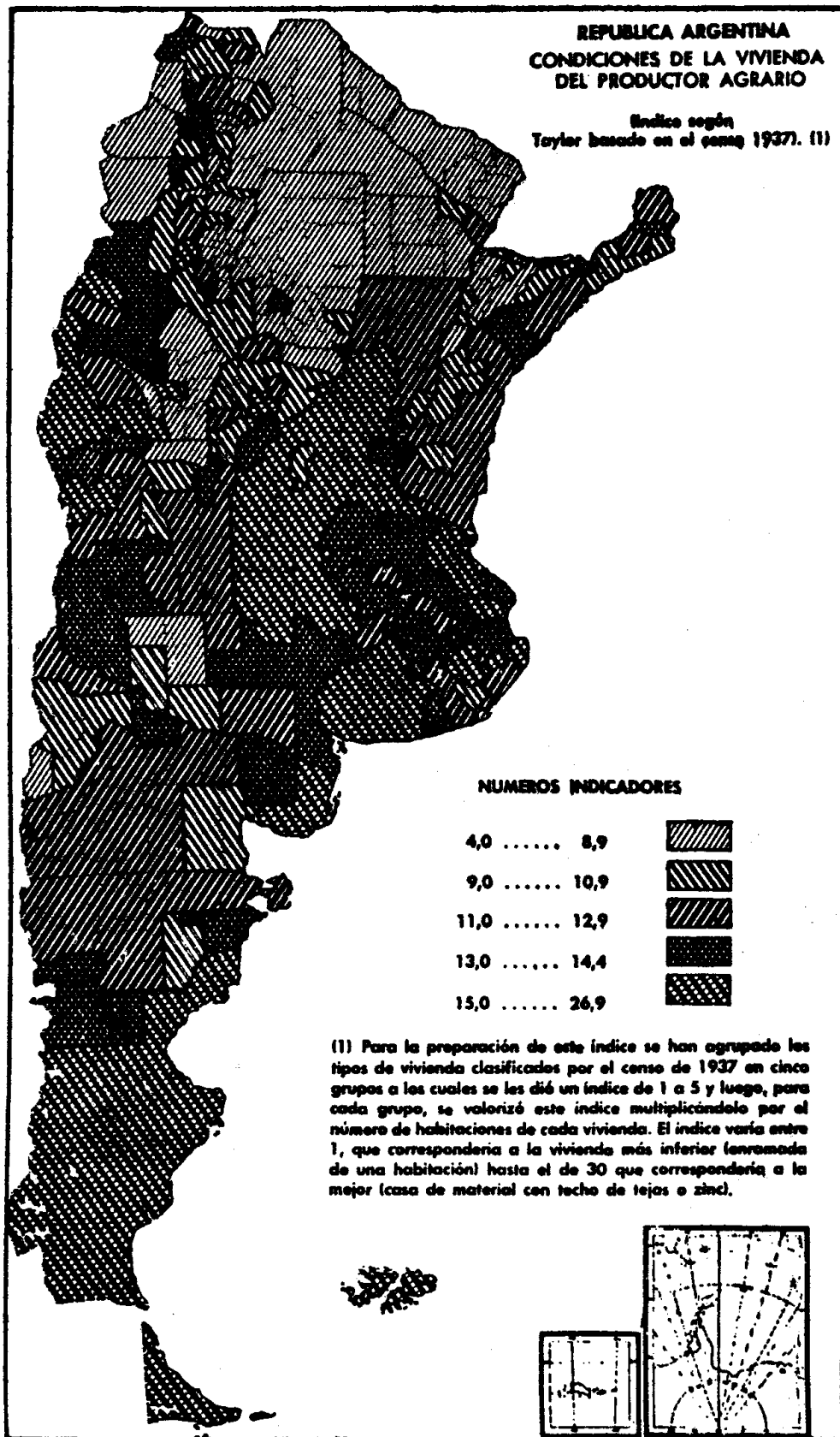
MAPA N° 1



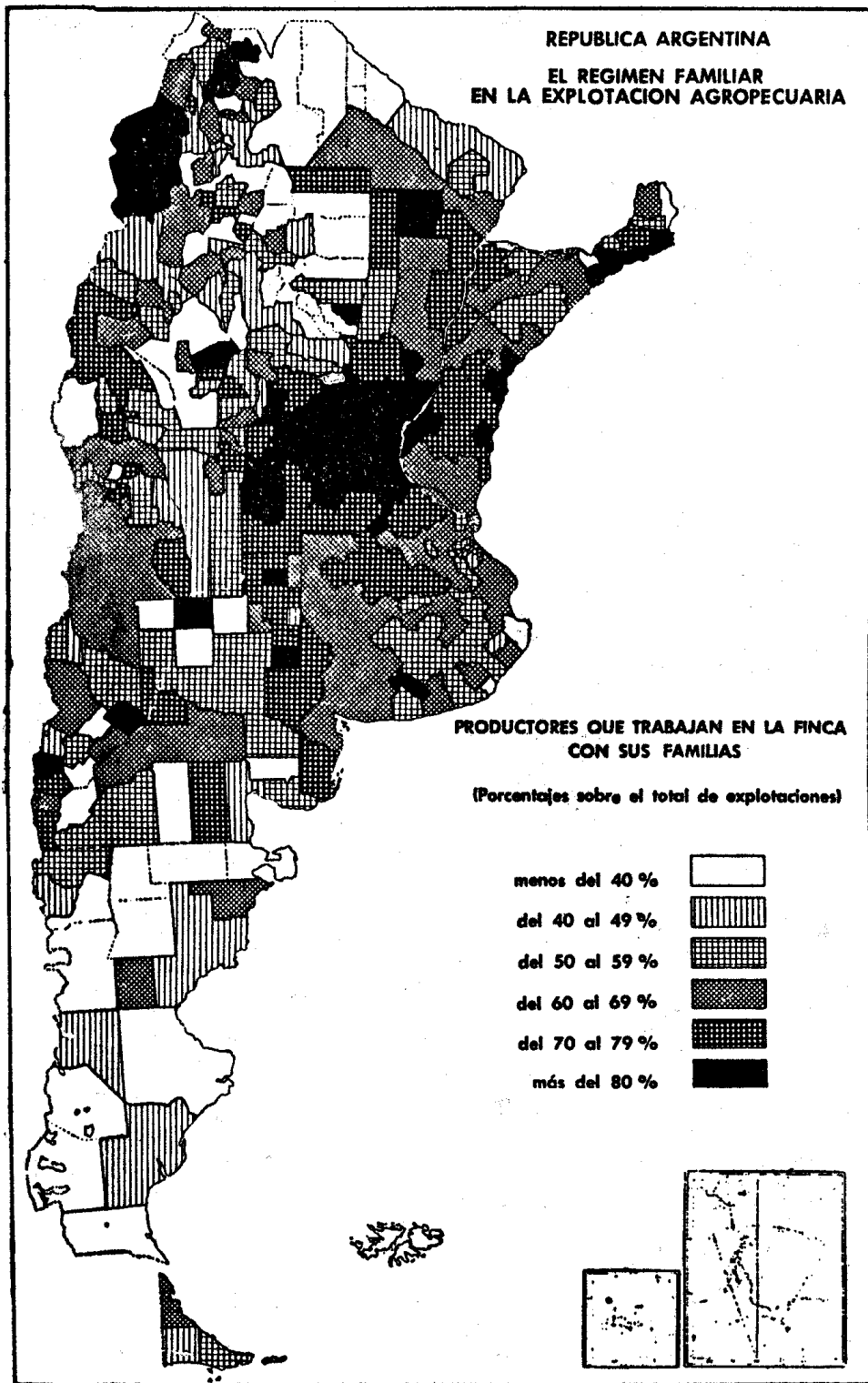
MAPA N° 2



MAPA N° 3



MAPA N° 4



LA INDUSTRIA LIGERA (1940 EN ADELANTE)

Ya la crisis mundial iniciada a fines de 1929 y la posterior ola de autoabastecimiento que se apoderó de los principales países, había limitado bastante las exportaciones y por ende mermado la capacidad importadora. Ello obligó a fabricar productos que antaño se importaban. Así tomó cuerpo la industria textil de lana y algodón, junto con la elaboración de aceites. Pero todo era tomado más bien como transitorio, como medio de combatir la desocupación; pocos creían en las rotundas palabras que por entonces pronunció Alejandro Bunge, advirtiendo que esa era la última generación de "estancieros a importadores". Con clarividencia ese autor sintetizó así su pensamiento: "El futuro crecimiento del país no puede esperarse de la continuación exclusiva de los métodos extensivos y del crecimiento de la exportación, sino de la mayor diversidad de su propia producción y manufactura y del desarrollo de su comercio interno".

Pero a partir de 1940 el cese forzoso de importaciones provocado por la guerra tornó oficiosa toda discusión académica acerca de la necesidad de intensificar la industria. La dura realidad obligó a crear de inmediato manufacturas so pena de carecer de lo más elemental. Tomó así ritmo creciente la industria liviana, por ser la que recibió el impacto más directo e inmediato. Faltaba la industria pesada, por no haberse nunca pensado en ella, y por desgracia no hubo planes consistentes para su desarrollo, lo cual resultaría años después serio factor limitante de la economía argentina.

Como contrapartida, las exportaciones agropecuarias se vieron frenadas y distorsionadas. El bloqueo marítimo de los contrincantes cerró mercados; sus necesidades bélicas decretaron la paralización de embarques de granos y la concentración de los esfuerzos alrededor de carnes conservadas y congeladas, lanas y cueros. No hubo, pues, aliento para los granos y la carne enfriada, los principales actores del período inmediatamente anterior al que comentamos. En definitiva, un verdadero retroceso desde el punto de vista de la evolución agropecuaria.

Por lógica consecuencia, declinaron menos los precios ganaderos que los agrícolas y hubo una redistribución concomitante en el uso de la tierra pampeana. Entre 1937 y 1947 la región pampeana dedicó siete millones más de hectáreas a vacunos y ovinos, superficie que

restó a las sembreras de granos. Como vimos antes, eso implicaba menor ocupación y menor valor producido por unidad de superficie, factores ambos de efecto despoblador. Constituye una excepción la tendencia hacia el tambo (actividad ganadera intensiva) ocurrida en las zonas de Santa Fe y Córdoba, ocupadas por las viejas colonias agrícolas, donde los chacareros sustituyeron granos por vacas de ordeño, cuyo producto colocaban en el acrecido mercado interno.

A principios de siglo la producción agropecuaria argentina representaba las dos terceras partes del producto bruto interno, y la industria manufacturera no llegaba al 14 %. Hacia 1944, por primera vez en la historia nacional, la manufactura (con 23,1 % del producto bruto total) supera al sector agropecuario, delantera que ya no abandonaría.

Entre 1937 y 1947 la población argentina aumentó en un 18 %, pero la industria lo hizo en un 77 %, a un ritmo que pocos países del mundo registran. Desgraciadamente, su debilidad potencial estaba en la falta de armonía y previsión entre los sectores integrantes. Además, por inercia resultante de una estructura excesivamente centralista, ese desarrollo industrial agravó la disparidad económica entre muchas regiones del país.

CUADRO N° 21
Población urbana y rural

Concepto	1914	1947
	(miles de habitantes)	(miles de habitantes)
Capital Federal y Buenos Aires		
Urbana	2.700	6.030
Capital Federal	1.576	2.981
Urbana, Buenos Aires	1.124	3.049
Rural	942	1.223
Córdoba y Santa Fe		
Urbana	727	1.772
Rural	908	1.429
Proporción de rural respecto a Urbana	en %	en %
Buenos Aires (y Cap. Federal)	35	20
Córdoba y Santa Fe	125	81

Al respecto, resulta ilustrativo el cuadro N° 21. Para 1947 la población urbana bonaerense unida a la de la Capital Federal casi quintuplica a la rural de la provincia, mientras en Córdoba, y Santa Fe los núcleos urbanos recién sobrepasan tímidamente a los rurales. En un sector la población rural representaba apenas 20 % de la urbana; en otro llegaba al 81 %.

Con posterioridad continúa también la misma tendencia hacia el urbanismo y las actividades asentadas en esos centros, que disputan abiertamente la mano de obra al campo. Este siempre hablamos de la región pampeana se encontraba en situación desventajosa para competir: primero porque corrientemente puede la ciudad pagar mejores salarios y ofrecer condiciones de vida más atractivas; además, en ese momento una política oficial desafortunada privó al productor agropecuario de buena parte de sus ingresos por la vía de la comercialización estatal de productos con saldo exportable, entre los cuales sufrieron especialmente los granos. Por esta última razón prosiguió la corriente ganadera finalizada la guerra, y continuó de tal manera un proceso social y económicamente negativo de sustituir actividades menos extensivas por otras más extensivas.

CUADRO N° 22
Población activa y su distribución por principales sectores

	Total	Agropecuaria	Industria manufacturera	Comercio y finanzas	Estado
	(miles de personas)				
1925-29	4.288	1.539	890	594	221
1940-44	5.517	1.838	1.310	747	370
1955	7.348	1.916	1.655	1.091	760
	(distribución porcentual del incremento por períodos)				
1900-04 a 1925-29	100	33	22	15	6
1925-29 a 1940-44	100	24	34	12	12
1940-44 a 1955	100	4	19	19	21

Durante los primeros períodos indicados en el cuadro N° 22, el sector agropecuario absorbió partes sustanciales del aumento de población activa, pero en, forma decreciente, hasta llegar a sólo 4 %

entre 1940-44 y 1955. Por el contrario, la industria absorbió en los dos últimos periodos mucho más que el sector rural, pero no se salva de la pérdida de ritmo y al final lo superan otros sectores. Al mermar la receptividad del sector industrial, fiel expresión del frenado que domina la economía argentina a partir de 1948, y estar colmada la capacidad del sector agropecuario, la fuerza de trabajo deriva hacia sectores menos activos (comercio, finanzas, Estado) en proporción excesiva.

La falta de capacidad del sector agropecuario para absorber grandes contingentes de trabajadores, que posiblemente se acentúe en el futuro, constituye un fenómeno previsible que obedece a dos causas: una ilógica y otra lógica. La primera estriba en el estancamiento del sector pampeano, que en muchos casos hasta retrocede en su evolución y por tanto disminuye su demanda laboral; la segunda consiste en el efecto de una tecnificación que si bien no alcanza grandes índices, no puede negarse. Además, conviene señalar que aún sin progreso técnico, elevar 80 % la producción agropecuaria no alcanzaría para absorber el 50 % del crecimiento de la fuerza de trabajo nacional, que ya desborda ampliamente cualquier estrecho marco de estructura no industrial.

Por consiguiente, la falla estructural reside en la insuficiente expansión industrial, no en un exceso de la misma (más adelante se verán otras razones económicas que obligan al desarrollo industrial). Dicha insuficiencia obliga a considerables masas de trabajadores a buscar otros sectores, que al absorber más personal que el estrictamente necesario pierden eficiencia, aumentan el costo de sus servicios y gravitan negativamente en el conjunto económico.

De cualquier modo, el campo entró en aguda competencia con otros sectores generalmente urbanos por retener la mano de obra necesaria. Radica ahí una de las principales fuerzas que impulsaron hacia la mecanización con más vigor que antes, pese a que la relación entre precios de productos agropecuarios y de la maquinaria resultaba desfavorable respecto del período 1920-40. Nada más ilustrativo al respecto que el caso de la cosecha mecánica del maíz.

A principios de siglo ya un chacarero nuestro había demostrado la posibilidad de recoger maíz mediante la misma cosechadora utilizada para trigo, que ahora se emplea; mucho más tarde surgió en Estados Unidos otra máquina. En ninguna de las dos épocas halló eco en la zona maicera argentina tal propósito; se continuaba la penosa

recolección manual. Pero cuando cunde el proceso industrial sí se despierta el interés por la cosecha mecánica. Es que dicho proceso, al crear nuevas fuentes de trabajo, elevó los salarios en forma que resultaba antieconómica la clásica "juntada". Hacia 1900 el estipendio habitual del juntador representaba el 8 % del precio del maíz en dársena, proporción que resulta prácticamente igual 15 años después. Pero a partir de 1947 sube a un 18 % y se mantiene sin mayor variación. Entonces se popularizan los medios mecánicos para cosechar maíz, que permiten pagar altos salarios y rebajar el costo de la operación.

Otro efecto de la industria que repercute sobre el campo es la creación de un fuerte mercado interno. El aumento de población ocupada, por una parte, y el mayor poder adquisitivo por otra, hacen que con el tiempo la masa de población argentina alcance gran importancia como consumidora. Sin industria ello no hubiera ocurrido, porque el sector agropecuario de por sí carece de capacidad para dar ocupación a mucho más personal que el utilizado en 1937. Además, la productividad media por persona ocupada en la industria supera siempre al promedio agrario. En nuestro país, como en muchos otros, la superioridad alcanza al 60 %, proporción que no se traduce en el ingreso y el consumo respectivos. He ahí el secreto del crecimiento del mercado argentino interno.

CUADRO N° 23
Producción y exportación agropecuaria argentina
(millones de pesos de 1950 y % del total)

	Producción		Consumo interno (% de la producción)		Exportación (1) (millones)
	Total del país (millones)	Región Pampeana %	Región Pampeana	Total del país	
1925-29	9.945	78	33	49	5.179
1940-44	13.401	74	65	78	3.441
1945-49	12.756	71	60	70	3.652
1950-54	12.482	67	68	78	2.658
1955-57	14.515	68	70	78	2.959

(1) En términos de productos agropecuarios y a precios de mercado interno.

Tal crecimiento provocó un paralelo desarrollo de muchos cultivos destinados a satisfacerlo, que por razones climáticas y económicas se

ubican preferentemente fuera de la región pampeana. Por eso pierde importancia dicho sector frente al resto del país; como lo acusa el cuadro N° 23.

En pleno período de auge agrícola la región pampeana aportaba el 78 % de la producción agropecuaria total, pero que en la actualidad la cifra baja 10 puntos. Ello se debe al virtual estancamiento de dicha región, acompañado por un apreciable crecimiento en los cultivos del resto del país, por la circunstancia ya anotada.

Al estancarse el monto de la producción pampeana y aumentar sustancialmente la población, lógico era esperar, como ocurrió, que el censo interno insumiera proporciones cada vez mayores de esa producción. En efecto, de la tercera parte que absorbía la demanda nacional en 1925-29, se pasa ahora al 70 %. No debe extrañar entonces que las exportaciones agropecuarias (provenientes en su 84 % de la región pampeana) bajaran vertiginosamente de 5.179 millones de pesos durante 1925-29, a menos de 3.000 millones en el presente (todo en pesos de 1950).

CUADRO N° 24
Exportaciones argentinas y términos del intercambio

Períodos	Exportaciones (millones de pesos de 1950)	Términos del intercambio (1925-29 : 100)	Poder de compra de las exportaciones	
			(millones de pesos de 1950)	Índice (1925-29 : 100)
1900-04	2.915	88	2.330	30
1910-14	4.480	104	4.660	59
1915-19	4.601	98	4.410	56
1925-29	7.913	100	7.913	100
1935-39	7.397	86	6.560	83
1940-44	5.963	66	3.940	50
1945-49	5.900	98	5.780	73
1950-54	4.685	66	3.090	24
1955	4.697	70	3.360	42
1957	5.110	58	2.960	37

Tal declinación de exportaciones resultaba poco conveniente para un país que debía equiparse aceleradamente tras años de postergación, con bienes de capital suficientes para erigir una estructura industrial nueva y amoldar a ella muchos aspectos de su vida económica, que a su vez exigían grandes inversiones (caminos, energía, comunicaciones, etc.) . Por desgracia, la mayor parte de los ingentes fondos acumulados en el exterior durante la guerra, fueron

invertidos en un plan orgánico que atendiera los puntos neurálgicos del país en crecimiento.

A la creciente merma de saldos exportables se sumaba otro factor de valor considerable pero que disminuía el poder adquisitivo de esas exportaciones: el vuelco en los términos del intercambio (cuadro N° 24). Dicho índice relaciona los precios unitarios de importaciones con exportaciones y constituye la medida del poder adquisitivo de éstas, referido el período que se tome como base, en nuestro caso el quinquenio 1925-1929.

Insistiremos algo en el tema, por resultar fundamental para comprender la posición crítica de Argentina como país exportador. El cuadro indica que en valor a pesos constantes, las exportaciones de 1947 representan un 65 % de las habidas durante 1925-29. Pero los términos del intercambio nos dicen que tienen un poder adquisitivo de 58 % respecto a ese mismo período. El efecto combinado de ambos factores hace que, en definitiva, con las exportaciones de 1957 solo se pudieran adquirir el 37 % de las importaciones factibles en 1925-29. Las mismas cifras señalan cómo dichos términos de intercambio frustran el esfuerzo que representó el aumento de exportaciones de 1957 respecto a 1955.

Referida a dólares de 1950 (desvalorizados hoy un 10 % aproximadamente) la desfavorable relación de precios del intercambio que rigió la mayoría de los años posteriores a 1925-29, implicó para el país una pérdida de 9.700 millones. Sólo en el quinquenio 1953-57 la pérdida superó los 2.000 millones, suma equivalente de unos dos años de exportaciones y capaz de pagar ambiciosos planes energéticos, vales, etcétera.

Parte de tal fenómeno se debe a la creciente tendencia al fomento de las producciones agropecuarias propias por parte de muchos países, que resta mercado a nuestros productos, y también a los excedentes acumulados por Estados Unidos, cuya liquidación, por muy cuidadosa que sea, deprime los precios. Además, sabido es que la mayoría de los productos agropecuarios que exporta la Argentina satisfacen una demanda que aumenta con menos intensidad que el incremento de los ingresos de los consumidores, a diferencia de los productos industriales, cuyo consumo crece con ritmo más acelerado. A título de ejemplo diremos que para la Argentina se ha determinado que por cada 1 % de aumento en el consumo general del habitante medio, se incrementó 0,48 % el consumo de alimentos y 1,37 % el

de manufacturas. Vale decir, éstas crecen tres veces más que aquéllos.

Lo expuesto explica que con el tiempo tiendan a valorizarse más los productos industriales y se deterioren los términos del intercambio en perjuicio de los países puramente exportadores de productos agrarios. También demuestran que las necesidades argentinas de importación hubieran crecido fabulosamente desde 1925-29, de no haberse desarrollado la industria nacional. Hagamos un cálculo: durante 1925-29 se exportó por valor de 7.913 millones de pesos (a precios de 1950), cantidad que permitió adquirir en el exterior todo cuanto necesitaba el país; para 1957 los términos del intercambio fueron de 58, el nivel de vida era por lo menos 10 % más alto y la población creció en 80 %. El efecto combinado de todos esos factores nos dice que para abastecer la demanda por la misma vía de importación hubiera debido exportarse por valor de 27.000 millones de pesos (a precios de 1950), en lugar de los 5.110 registrados. Tal volumen prácticamente duplica toda la producción agropecuaria argentina actual (ver cuadro N° 23). No cabe duda que la industria se impone, no sólo en virtud del desarrollo demográfico, como se viera páginas atrás, sino del propio proceso económico.

CUADRO N° 25

Períodos	Exportaciones				Importaciones			
	E. U.	R. U.	Otros	Total	E. U.	R. U.	Otros	Total
1915-19	24 (1)	31 (1)	48 (1)	100	32	26	42	100
1927-30	9	31	60	100	24	19	57	100
1931-35	7	37	58	100	14	23	63	100
1939	12	36	52	100	17	20	63	100
1947	10	30	60	100	45	8	47	100
1955	25	14	61	100	18	6	76	100
1957	12	24	64	100	24	8	68	100

(1) Incluye los embarques a órdenes, cuyo destino real se ignora, por lo cual las proporciones pudieron ser distintas en la práctica.

Los apremios económicos que derivan de la merma de exportaciones, pérdida de su poder adquisitivo a inconvertibilidad monetaria de la libra esterlina, fuerzan a la Argentina a buscar nuevos mercados a sus productos e introducen cambios sustanciales en sus fuentes de importaciones (cuadro N° 25). Los primeros años de posguerra marcan acentuado descenso en las compras en Estados Unidos,

efectuadas a costa de las adquisiciones en el Reino Unido; posteriormente, la escasez de dólares aminora ese mercado y expande otros. Panorama bastante similar ofrecen las exportaciones. En conjunto, el comercio internacional argentino, que tradicionalmente se desarrollaba en más del 50 % con los dos países mencionados, se orienta ahora en su mayor parte hacia otros horizontes.

Pero no sólo en el origen y destino del comercio exterior radica el cambio. Modificaciones profundas pueden advertirse en las importaciones según tipo de bienes (cuadro N° 26). Como cuadra a un país agropecuario exportador, el grueso de las compras en el exterior consistía antaño en bienes de consumo. El surgimiento de la industria ligera, que brinda precisamente tales bienes, casi borra de la lista ese rubro. El poder adquisitivo vacante se encauza entonces hacia bienes de capital necesarios para equipar la industria, materias primas y productos intermedios que consumen los establecimientos fabriles, y combustible requerido por ellos y por la actividad económica general. Este último rubro, constituido esencialmente por petróleo y derivados, resulta sorprendente en un país bien provisto de ese elemento.

CUADRO N° 26
Composición de las importaciones (% del valor total)

Bienes	1928	1938	1948	1957	1958	1959
Consumo (1)	40.	32	16	5	7	4
Producción (2)	15	17	29	24	26	26
Materias primas y productos intermedios (3)	36	39	44	47	47	49
Combustibles	9	12	11	24	20	21
TOTAL	100	100	100	100	100	100

(1) Sustancias alimenticias, bebidas y tabaco.

(2) Maquinarias.

(3) Metales; maderas; papel y cartón; productos químicos y farmacéuticos; textiles; piedras, tierras, vidrios y cerámica; otros.

Si bien la estructura contemporánea de las importaciones concuerda más con la nueva etapa económica, se encuentra resentida por falta de exportaciones. Ofrece, además, la singularidad de no admitir casi restricciones, dado el carácter imprescindible de sus componentes. Durante la crisis de 1930-33, por ejemplo, se impusieron restricciones a la entrada de mercaderías del exterior, que no causaron mayores molestias porque fue fácil prescindir de consumos superfluos o reemplazarlos por productos locales. Hoy reducir importaciones afecta a rubros vitales casi todos para el movimiento de la industria, sector que figura en primer plano entre los productores de bienes. El desarrollo minero permitirá prescindir de muchas materias primas importadas y la creación de industrias pesadas proporcionará productos intermedios que hoy deben introducirse del exterior.

Mucho hemos insistido acerca del estancamiento de la producción agropecuaria pampeana y la disminución de exportaciones. Lógicamente, no cabe esperar un constante paralelismo entre población y producción agropecuaria. Los recursos naturales sobre los cuales se asienta ésta son susceptibles de mejor aprovechamiento, pero dentro de ciertos límites, de modo que en el desarrollo económico de un país siempre sobreviene una etapa durante la cual la producción agraria declina respecto al número de habitantes.

Pero la Argentina es un país poco maduro para entrar en esa etapa, sólo aceptable en aquéllos de desarrollo mucho más avanzado, sus recursos naturales se encuentran muy lejos de haber brindado su óptimo económico. Comparémosla, por ejemplo, con Estados Unidos. Entre 1935-39 y el trienio 1956-58, la población de ese país aumentó 33 %, pero la producción agropecuaria lo hizo en 51%; en el nuestro, sucedió a la inversa, pues los respectivos aumentos fueron de 50 % y 26 %.

La producción agropecuaria argentina no aumentó en la medida deseable y posible. Pero las cifras generales impiden deslindar bien el papel de las distintas regiones. A fin de precisarlo incluimos el cuadro N° 27.

Cabe advertir que si la producción total del país aumentó poco, fue por causa de la región pampeana, que sólo creció 15 %. Un gran aumento porcentual correspondió en cambio al resto del país, que tuvo a su cargo el abastecimiento interno de los denominados cultivos industriales (algodón, vid, caña de azúcar, yerba mate,

tabaco, etc.) y cumplió a conciencia, al punto que su 58 % de incremento supera el ritmo demográfico. Apresurémonos a señalar que el incentivo para ello radicó en los precios, que libres de la desafortunada concepción existente para los productos más típicos de la región cereal, alcanzaron niveles estimulantes.

CUADRO N° 27
Producción agropecuaria argentina

Períodos	Región Pampeana				Resto del país		Total del país	
	Agríc.	Ganad.	Total	Total	(millones \$ 1950)	(N.I.)	(millones \$ 1950)	(N.I.)
	(millones pesos de 1950) (N.I.)							
1935-39 ..	4.967	3.608	8.575	100	2.956	100	11.531	100
1940-44 ..	5.396	4.563	9.959	116	3.442	116	13.401	116
1945-49 ..	4.179	4.893	9.072	106	3.684	125	12.756	111
1950-54 ..	3.850	4.533	8.383	98	4.099	139	12.482	108
1955-57 ..	4.462	5.391	9.853	115	4.662	158	14.515	126

A fin de objetivar lo referente a precios, conviene destacar que mientras el nivel medio de inflación de precios entre 1935 y 1956 fue de 1.030, dando base 100 al citado quinquenio, las cotizaciones hacia 1956 del grupo cultivos industriales promediaban 1.154, pero cereales y lino apenas llegaban a 600 y el ganado registraba 773. Como estos dos últimos residen esencialmente en la región pampeana, se explica la distinta evolución productiva. También se explica por qué dentro de dicha región declinó la agricultura y aumentó la ganadería, sin variar mayormente el total, pese a la necesidad nacional de que así ocurriera. En la región pampeana, como en el valor de las exportaciones, vuelve a predominar la ganadería, se va hacia atrás.

Como la región trabaja la misma superficie desde 1920, los aumentos de producción no podían, como antaño, ocurrir por incorporación de tierras nuevas. Tampoco pudo aumentar el valor producido, a semejanza del período 1920-40, porque en ese período la agricultura (actividad menos extensiva) se expandió a costa de la ganadería (actividad más extensiva), mientras en la etapa que estudiamos ocurre a la inversa.

Más adelante mostraremos la repercusión de estos hechos sobre la demografía. Digamos ahora que al retroceder la agricultura (chacra familiar) y aumentar la ganadería (estancia), cobra más volumen el trabajo asalariado. Entre 1937 y 1952 el personal permanente a sueldo pasa de 286.000 a 495.000 (73 %) de aumento, mientras productores y familiares ocupados en las explotaciones apenas un 9%.

Una causa capaz de contrarrestar los factores enunciados hubieran podido ser fuertes aumentos con los rendimientos de la actividad agrícola y ganadera pampeana. Por desgracia, como bien lo puntualiza el cuadro N° 28, la productividad media total por hectárea tuvo discreto aumento entre 1935-39 y 1940-44, para retroceder ligeramente a lo largo de los años posteriores, cuando en todo el mundo ocurría contemporáneamente un considerable incremento de productividad.

CUADRO N° 28
Productividad por hectárea en la región pampeana
(Números índices)

Periodos	Agricultura	Ganadería	Total
1935-39	100	100	100
1940-44	115	121	114
1945-49	103	124	103
1950-54	106	107	93
1955-57	116	126	108

Podrá parecer contradictorio que la productividad media total decaiga posteriormente a 1940-44, cuando no ocurre lo mismo con la de los sectores componentes, cuyo rendimiento actual, tras algunos altibajos, supera ligeramente al del período aludido. El fenómeno puntualiza una vez más la gravedad del acrecentamiento ganadero a costa de la agricultura; como aquélla posee menor productividad absoluta que ésta (127 pesos de 1950 por hectárea, contra 359, para el trienio 1955-57), aunque ambos rendimientos aumenten, al sustituir parcialmente la actividad más rendidora por otra que lo es menos, decae la productividad total de la región.

También podríamos puntualizar que los mayores rendimientos agrícolas se deben en buena parte a que la reducción de área sembrada concentra la producción en las zonas más aptas y de por sí

eleva los rendimientos medios, sin traducir mayor eficiencia técnica. A su vez, la ganadería siente el mismo efecto al ocupar campos anteriormente dedicados a la agricultura, por ende presumiblemente de mayor calidad que los netamente ganaderos. Además la mecanización permitió prescindir de 2,5 millones de equinos entre 1942 y 1957, que liberaron para la actividad directamente productiva otras tantas hectáreas. Por último, también influye como actor de aumento ajeno a la eficiencia técnica la expansión tampera, actividad más intensiva que la cría o engorde, y por tanto de más productividad intrínseca; corresponde repetir que este último proceso, saludable y grato, neutraliza en parte la pérdida de intensidad en las explotaciones, que supone la transferencia de agricultura a ganadería.

En una palabra, el aumento de productividad de la tierra pampeana resulta nulo a lo largo de la época de la industria ligera, y los índices expuestos enmascaran una menor eficiencia técnica. Todo ello contradice las exigencias del progreso y choca con lo acontecido en el mundo, que señala la etapa de coexistencia agro-industrial como la de más firme intensificación en las formas de trabajo agrario.

CUADRO N° 29

Evolución de la ocupación y productividad agraria por persona

(Índices: 1935 = 100)

P a í s	Ocupación en el campo (1953-56)	Productividad por persona (1953-56)
Argentina	107	114
Alemania Occidental	95	124
Austria	87	125
Chile	105	129
Nueva Zelandia	91	134
Australia	92	136
Italia	93	141
Reino Unido	93	141
Suecia	72	153
Uruguay	86	163
Francia	72	168
Canadá	87	169
Dinamarca	78	171
Unión Sudafricana	71	221
Estados Unidos	70	227

Como prueba rotundamente el cuadro N° 29, sobre 15 países para los cuales se pudieron obtener datos, Argentina es el que menor aumento de productividad agraria por persona acusa, superada por sus principales competidores en el mercado internacional, y también por sus principales adquirentes. Hasta naciones que atravesaron azarasas peripecias de guerra y posguerra la superan. También cabe destacar la evidente tendencia mundial a emplear cada vez menos personas en el campo; sólo nuestro país y Chile ocupan ahora más trabajadores que antes de la guerra. Pero la menor ocupación se compensa ampliamente por mayor productividad, emergente del intenso use de máquinas y técnicas modernas.

Contradicciones tan profundas como las que hemos visto entre las necesidades nacionales y la realidad, así como entre lo ocurrido en el país y en otras naciones, advierten de por sí acerca de la gravedad del mal y también respecto a la profundidad de sus raíces. Hemos apuntado anteriormente la influencia que el factor precios ejerció sobre la negativa evolución agraria pampeana; pero no creemos que baste actuar sobre ellos para corregir la situación actual, producto de todas las complejas causas que procuramos reseñar a lo largo de estas páginas.

En efecto, varios intentos oficiales se realizaron con ese propósito, como las reformas económicas de 1955 y 1958, sin lograr mayor cambio en el panorama agropecuario, pese al esfuerzo nacional que representaban. El cuadro N° 30 señala cómo la reforma impuesta a fines de 1958 colocó a los precios agropecuarios en mucho mejor posición frente a los demás sectores; pero las cifras de varios cuadros anteriores, así como la realidad de hoy, no acusa mayor impacto a tal estímulo.

Al parecer, el efecto más notable, como en ocasiones anteriores, sería el aumento en los precios de los bienes que compra el productor agropecuario, lo cual acarrearía necesidad de aumento en los precios agrícolas y provocaría un proceso inflacionista. La única salida verdaderamente racional consiste en aprovechar los aumentos de precios para mejorar la técnica productiva, de modo que el mayor ingreso del productor provenga de incrementos en los rendimientos y no en los precios. Ello implica formas más intensivas de trabajo, lo contrario de la tendencia actual.

Si los precios, con toda su fuerza motora, no consiguen estimular en forma adecuada y permanente la producción agropecuaria, fluye

de por sí que existen deficiencias estructurales que anulan los efectos de tales estímulos. Una de ellas, obvia por su diaria presencia, consiste en que resulta inútil centrar el esfuerzo en un solo sector, si lo que flaquea es la eficiencia económica conjunta del país. No conviene olvidar que la Argentina cambió la estructura de su producción sin variar mucho su infraestructura, inspirada en otro esquema.

CUADRO N° 30
Evolución de precios y costos (Índices, base 1956 = 100)

Años	Precios mayoristas			Precios pagados por el productor agropecuario	Precios implícitos (1)	Costo vida Cap. Fed.
	Total	Agropecuarios	No agropecuarios			
1957	124	126	124	123	124	125
1958	163	168	161	175	166	164
1959	380	419	365	385	331	351
1960	438	468	427	504	411	446

(1) Los precios implícitos del producto bruto nacional constituyen una medida general de la inflación. Como el costo de la vida, sirve para comparar el poder adquisitivo de los precios.

Empeñarse en rebajar los costos agropecuarios, por ejemplo, es tarea indispensable, pero aisladamente nada consigue por mucho éxito que tenga. Recordemos que sobre los precios de exportación o los que abona el consumidor de productos agropecuarios, el costo de producción representa generalmente una tercera parte, cuando mucho la mitad. Rebajar 20 % el costo de producción rural, con todo el esfuerzo que significa, repercute entonces menos que lograr rebajas menores en toda el proceso de comercialización que separa al productor del consumidor.

Resolver problemas industriales, energéticos, de transportes o similares, puede repercutir más sobre el campo que sus problemas específicos, aunque la acción sea indirecta. Mientras un insuficiente desarrollo industrial obligue a otros sectores a ocupar más personas que las necesarias y haga invertir divisas que podrían servir para importar bienes de producción indispensables, continuará el estancamiento agrario, se producirá menos de lo necesario y muchas mejoras técnicas servirán, como hasta ahora, para producir igual con menos hombres, no para producir más, que antes.

Circunscribiéndonos ahora a lo estrictamente agrario, destacaremos , en primer término que si el problema radica sustancialmente en aumentar los rendimientos de la tierra pampeana, única forma de aumentar su producción, pasa a primerísimo plano el mantenimiento y acrecentamiento de la fertilidad del suelo. Esto requiere, por cierto, mayor aplicación de técnica, pero las prácticas de conservación del suelo se basan en un uso prudente del mismo o en tratamientos especiales, objetivos ambos sólo factibles cuando existe adecuada estabilidad en la tierra por parte del productor, cosa que generalmente sólo ocurre con los propietarios.

Por tanto, el régimen de breves arrendamientos, aparcerías y mediarías, que antes se adecuó a las necesidades del momento, caracterizado por incorporación constante de nuevas tierras, traba ahora el progreso pues no se adapta a una época que exige producir más , en igual superficie y con más capital. Anteriormente señalamos cómo la producción agropecuaria norteamericana aumentó mucho más que su población desde 1935-39 hasta nuestros días, a la inversa de lo acontecido entre nosotros. Veamos ahora un punto fundamental en la estructura agraria: el régimen de la tierra (cuadro N° 31) .

C U A D R O N° 31

Proporción de propietarios en explotaciones agropecuarias

Años	Argentina	Estados Unidos
1880	—	74
1885	77	—
1890	—	72
1895	61	—
1906	—	65
1914	51	—
1920	—	62
1935	—	58
1937	38	—
1945	—	68
1947	43	72
1952	50	—
1954	—	76

Estados Unidos y Argentina muestran declinación en el por ciento de propietarios hasta 1937; pero nuestro país registra una merma mucho más fuerte, pues comienza con una cifra mayor y llega al año indicado con otra muy inferior. Posteriormente se produce en el país

del norte una recuperación que lleva hoy a índices superiores a los originales, mientras la Argentina también mejora, pero con ritmo lento. La trayectoria es la misma que acusa el respectivo progreso técnico, y puede decirse que resulta a la vez causa y consecuencia del mismo.

Corresponde destacar que entre nosotros, como medida de emergencia para favorecer a los chacareros no propietarios, se resolvió prorrogar los contratos de arrendamiento y aparcerías, y regular los precios pactados entre las partes. La medida pasó a constituir casi una norma, pues rige prácticamente desde 1941. El criterio legal, lógico para breves plazos, comenzó con el tiempo a obrar en contra de los objetivos propuestos. Muchos arrendatarios y aparceros, con tierra barata por precios congelados, mano de obra cara por la competencia industrial, y bajos precios agrarios, se vieron casi compelidos a explotaciones cada vez más extensivas, que ocupaban menos gente y producían menos por hectárea.

Prácticamente, todos permanecieron muchos más años de lo previsto en el campo, pero sin seguridad de ello, y por tanto sin aliciente para encarar planes de largo plazo. En no pocas ocasiones eso favoreció el monocultivo agotador, antes no realizado por la rotación arrendataria, agricultor-propietario estanciero. Tal rotación, buena desde el punto de vista técnico, no lo era considerando el aspecto social. Ahora la rotación debe efectuarse sin que cambie de mano la conducción del establecimiento,

Otro aspecto de importancia radica en la superficie de los establecimientos rurales. Por desgracia, faltan datos precisos y suficientes, pero algunas estimaciones permiten ofrecer un cuadro aproximado de la realidad. Como el país abarca zonas muy variadas, circunscribiremos el análisis a la provincia de Buenos Aires, bastante homogénea en su calidad de tierra y de gran importancia en el conjunto nacional.

El cuadro N° 32 resume los resultados de estimaciones o datos de censos. Como los censos sólo registran explotaciones, sin agruparlas cuando un mismo propietario posee varias, las cifras no representan sino la importancia que cada grupo de explotaciones reviste dentro del total; pero el grado de concentración según propietarios será mayor, aunque no puede precisarse la proporción.

De cualquier modo, resalta que si existió una tendencia bastante fuerte a fraccionar las grandes explotaciones entre 1914 y 1937, efecto de la expansión agrícola, de ahí en adelante ésta cesó, al

punto que los establecimientos con más de 5.000 hectáreas no han variado sustancialmente en su monto global y acusan discreto aumento de superficie conjunta en 1952.

CUADRO N° 32
Superficie abarcada por las explotaciones, según tamaño
Provincia de Buenos Aires

CONCEPTO	Total	Hasta 50 Ha.	51 a 1.000 Ha.	1.001 a 5.000 Ha.	Más de 5.000 Ha.
Censo de 1914:					
Miles de hectáreas ...	27.842	555	10.531	8.453	8.303
% del total	100	2,0	37,7	30,4	28,9
Censo de 1937:					
Miles de hectáreas ...	26.917	881	15.574	6.000	4.244
% del total	100	3,3	59	22,0	15,8
Censo de 1947:					
Miles de hectáreas ...	27.652	973	13.531	9.079	4.071
% del total	100	3,4	49,9	32,8	14,7
Censo de 1952:					
Miles de hectáreas ...	29.216	938	13.853	9.454	4.971
% del total	100	3,2	47,8	32,3	17,0

El tamaño de una explotación no indica forzosamente que ella no se preste para una explotación racional, pero casi siempre las muy chicas, tanto como las muy grandes, atentan contra tal objetivo. Las primeras, porque su ínfimo tamaño no permite obtener ingresos suficientes, y entonces se esquilma la tierra; las segundas porque los ingresos globales son altos y permiten vivir bien con formas de trabajo más extensivas que el promedio. Esto se torna más evidente en aquellos casos en que la tierra es recibida por herencia o adquirida como simple inversión de excedentes de capital. En ambos casos no existe el acicate de lograr una retribución adecuada al capital invertido.

Por otra parte, los beneficios de la gran empresa en la agricultura no son similares a los de la industria. La dispersión territorial que caracteriza las tareas agrarias y la índole propia de las mismas obstaculizan la dirección correcta de las grandes empresas, que por tal

causa suelen eludir las formas de trabajo que requieren más personal. En cambio las grandes empresas pueden tener ventajas, porque generalmente se hallan en manos de empresarios con capital suficiente o que por su propia envergadura financiera tienen fácil acceso al crédito. Más adelante se tocará la influencia de uno a otro tipo de explotación en la estructura social.

Genéricamente hablando, en definitiva, caracteriza a la gran extensión agraria un sistema de trabajo más extensivo que el común en la zona. Cifras censales compiladas en Uruguay así como ciertos estudios previos efectuados en el país, parecerían confirmarlo estadísticamente. En el país vecino ello motivó la sanción de una ley tendiente a estimular el aumento de la productividad en los grandes establecimientos. Sin duda, toda política agraria argentina, sobre todo para la región pampeana, ha de tender como objetivo fundamental al logro de una mayor productividad de la tierra.

Procuraremos reseñar a continuación algunas primeras conclusiones inferidas de los resultados del censo de población efectuado en setiembre de 1960, que ponen bien en claro los efectos demográficos del estancamiento en la productividad agraria pampeana, agravado en muchos casos por la pérdida de grado de intensidad en las explotaciones. No se han dado a conocer todavía los datos de población urbana y rural, pero un índice de sus respectivas evoluciones puede extraerse considerando los habitantes que absorben los partidos o departamentos esencialmente urbanos de cada provincia. El cuadro N° 33 resume los resultados de comparar dichos datos con los pertinentes del censo anterior, efectuado en 1947.

Pese a la posible deficiencia del censo último respecto a la Capital Federal cuya población entendemos subestimada, cabe advertir el fuerte proceso de urbanismo habido en 13 años. Mientras la población concentrada en los principales núcleos urbanos aumentó 39 %, la del resto lo hizo sólo en 16 %. Dichos núcleos agrupan hoy 42 % de los habitantes de nuestro suelo, cuando en 1947 incluían apenas 37 %.

En la región pampeana el proceso adquiere magnitud superior. Los núcleos urbanos se incrementaron 38 % y los restantes sólo 8 %.

El área esencialmente no urbana se despuebla en La Pampa y permanece estática en Santa Fe y Entre Ríos. Profundizando algo más el análisis se verá que 19 partidos bonaerenses y 6 departamentos

cordobeses, 5 entrerrianos, 15 pampeanos y 3 santafesinos (48 en total) acusan mermas de población superiores al 10 %.

C U A D R O N° 33
Evolución demográfica argentina entre 1947 y 1960
(en % respecto a 1947)

Jurisdicción	Total	Núcleo urbano principal (1)	Resto
Capital Federal	0	0	—
Buenos Aires	+ 57	+ 118	+ 16
Córdoba	+ 18	+ 52	+ 6
Entre Ríos	+ 2	+ 18	— 1
La Pampa	— 7	+ 47	— 13
Santa Fe	+ 10	+ 27	0
Región cereal	+ 23	+ 38	+ 8
Resto del país	+ 32	+ 42	+ 30
Total del país	+ 26	+ 39	+ 16

(1) Para Buenos Aires los partidos del Gran Buenos Aires, para Santa Fe el Departamento de Rosario, y para las demás provincias el Departamento Capital. Por razones diversas se excluye a San Luis y Tierra del Fuego.

Frente a tal desequilibrio, que alcanza su máxima expresión en La Pampa, las restantes provincias ofrecen un conjunto más armónico, con superior crecimiento urbano, pero satisfactorio incremento rural.

Claro que tales cifras encubren situaciones particulares poco satisfactorias; pero hablamos aquí en forma genérica.

Como bien claro quedó en páginas precedentes, la concentración urbana no implica peligro; constituye un proceso normal y saludable, pero siempre que la acompañe suficiente desarrollo agropecuario y armónica y equilibrada expansión industrial. Tales supuestos no se han dado en nuestro caso para el país en conjunto. En cuanto a sus principales regiones, la parte no pampeana experimentó un interesante desarrollo agropecuario, que explica el aumento de población no urbana, tan superior al de la región pampeana.

Esta última sufre los efectos de las anomalías que señalamos. Una industria ligera excesivamente centralizada aumenta la hipertrofia del Gran Buenos Aires, y el estancamiento de la productividad del suelo, cuando no negativo desplazamiento de actividades menos extensivas

por otras más extensivas, explica el despoblamiento rural. Aun las jurisdicciones que registran aumentos en ese aspecto no se salvan del éxodo, pues retener el aumento vegetativo le hubiera adjudicado una tasa de crecimiento mayor. Por otra parte, el método de cálculo empleado en vías de la simplicidad, sin duda encubre un despoblamiento rural mucho más serio.

Consideramos interesante detenernos algo más en el caso de la zona maicera, constituida por el norte de Buenos Aires, sur de Santa Fe y sudeste de Córdoba, de acuerdo con la amplitud que alcanzara en sus momentos de mayor expansión. Ella ofrece la particularidad de hallarse en pleno centro de la región-cereal, muy próxima a grandes centros industriales, y de presentar condiciones ecológico igualmente favorables para los principales granos y ganados. Por tanto, la competencia económica entre las distintas actividades posibles juega papel fundamental en el tipo de tarea de sus habitantes.

La superficie dedicada a cultivos no forrajeros esencialmente granos para cosecha experimenta notables reducciones a través del tiempo. Tal circunstancia se debe fundamentalmente a la merma del maíz, que absorbía durante la preguerra 52 % de las sementeras y bajó a 32 % hacia 1948-49. Posteriormente no se repuso, sino que continuó disminuyendo, acompañado también en su declinación por el trigo, que pese a todo mantiene el lugar conquistado a su costa. En síntesis, la zona maicera dedica hoy a cultivos agrícolas sólo 62 % de la superficie sembrada antes. Esa declinación se compensa parcialmente por mayor interés en forrajeras, índice de más ganadería.

El total de la zona acusa una caída de superficie cultivada próxima a 600.000 hectáreas. Para apreciar el efecto económico y demográfico de tales cambios hemos calculado el valor bruto que produce una hectárea en la zona maicera destinada a distintas actividades, a los precios corrientes del mercado y de exportación, así como las respectivas demandas de trabajo (cuadro N° 35).

Queda patente en el cuadro que los hechos señalados anteriormente (sustitución de maíz por trigo y de agricultura por ganadería) implican pérdida de intensidad en el grado de explotación agropecuaria, que se traduce en menor valor producido por hectárea; sea en pesos ó en divisas, y menor ocupación. No puede extrañar entonces que la región pampeana quede estancada en su producción

global aunque aumenten algo los rendimientos parciales, que el país tenga menos saldos exportables y que el campo se despueble, sin que incida mayormente en ello la tecnificación.

CUADRO N° 34
Principales cultivos y población en la zona maicera (1)

CULTIVOS	1936/37	1948/49	1959/60
	(miles de hectáreas)		
No forrajeros	5.025	4.097	3.104
Maíz	2.602	1.325	1.205
Trigo	1.485	2.088	1.394
Forrajeros	1.236	1.688	2.563
TOTAL	6.261	5.773	5.667
Población no esencialmente urbana	—	1947	1960
	(miles de habitantes)		
TOTAL	—	1.019	941

(1) Buenos Aires: partidos de Baradero, B. Mitre, Colón, Gral. Arenales, Salto, Pergamino, Ramallo, Rojas, San Nicolás (no considerado para población) y San Pedro. Córdoba: Departamentos de Marcos Juárez, Juárez Celman y Roque Sáenz Peña. Santa Fe: Departamentos de Belgrano, Caseros, Constitución, Gral. López, Iriondo, San Jerónimo, San Martín, Rosario y San Lorenzo (los dos últimos no considerados para población).

CUADRO N° 35
Valor producido e insumo de trabajo de una hectárea de la zona maicera

Producción	Pesos a precios de mercado	Horas-hombre necesarias	Dólares a precios FOB
Maíz	6.400	64	103
Trigo	5.060	25	81
Vacunos (1)	4.030	12	76

(1) El valor en pesos corresponde a ganado en pie, el valor en dólares a carne y subproductos de ese animal, existe por tanto un valor agregado por la industria.
Nota: Precios corrientes en octubre de 1960.

Sólo restaría agregar, respecto al cuadro, que si la población considerada de la zona maicera disminuye 7 % entre 1847 y 1960, posiblemente la merma en el ámbito netamente rural resulte superior, pues dentro del área es previsible un mayor nucleamiento en los centros urbanos; como complemento señalaremos el hecho anómalo que en la zona maicera haya 108 hombres cada 100 mujeres, y 103 en región cereal no urbana.

Concluyendo, la zona maicera, constituida por las tierras más fértiles de la región pampeana, se despuebla ruralmente, no porque nuevas técnicas ayuden a producir más con menos gentes, sino porque esa mejora se utiliza en el mejor de los casos para producir igual con menos hombres y en el peor se produce menos con menos trabajadores. Ambos caminos empobrecen al país; sólo difieren en el ritmo.

Dijimos bastantes páginas atrás que casi inmediatamente de comenzar el período de industria ligera para muchos antes todavía la Argentina entró en una etapa de frenado económico, por causas estructurales. El hecho surge con toda claridad cuando se advierte que entre 1925-34 el ingreso medio por habitante argentino equivalía al 73% del norteamericano y superaba ampliamente a todos los demás de Latinoamérica. Para 1949 el mayor ritmo de desarrollo imperante en Estados Unidos aumenta la diferencia, pese al progreso argentino, de modo que nuestro ingreso medio apenas llega al 38 % de aquél. Posteriormente se agrava la situación, y en la actualidad la proporción resulta de sólo 15 %, con un nivel compartido y aún superado por otros países latinoamericanos.

Empero, la ventaja argentina reside fundamentalmente en su estructura social mucho más armónica, originada por una producción agropecuaria comercial, no de subsistencia, mecanizada desde sus comienzos por la escasez permanente de mano de obra. (Ver cuadro. N°36).

Por ello, si bien el sector urbano de esos otros países compite con el nuestro, la diferencia se magnifica en el rural. Así, por ejemplo, el ingreso por persona ocupada en el sector agrario en América Latina promedia unos 400 dólares anuales, mientras en la Argentina supera los mil. Este índice mide en cierta forma la productividad agraria, pero si se quiere tener idea acerca del bienestar rural, habrá de recurrirse al ingreso medio por habitante en ese sector.

Reducida a proporciones aritméticas, la relación entre ingreso por trabajador rural argentino y el de toda América Latina es de 2.5 a 1, pero la misma relación entre ingreso por habitante agrario se amplía hasta 4 a 1. Ello se debe a que en nuestro país la familia rural es menos numerosa, la mortalidad menor y por tanto la proporción de niños menor respecto al total de habitantes. Existen más personas en edad activa en relación con el conjunto, o sea que cada trabajador debe mantener a menos personas a su cargo.

Señala el cuadro N° 36 que el ordenamiento de los países latinoamericanos, según su grado de urbanismo, proporciona cierta idea acerca de su nivel de vida, pero induce a errores, como el de dar gran preeminencia a Cuba sobre Brasil o México. Considerando la proporción de habitantes que integran la clase media tampoco se aclara el aspecto; en cambio, mucho contribuye el análisis de la estructura social en campo y ciudad. Surge de esa comparación, netamente, la gran superioridad de Argentina, único país que posee similar por ciento de clase media en ambientes rurales y urbanos. Los demás países muestran un campo pauperizado al extremo.

CUADRO N° 36
Estructura social latinoamericana

Países	% población en ciudades de 20.000 o más habitantes	% de clase media en población total	% de clase media en ciudades	% de clase media en el campo
Argentina	48	36	38	30
Chile	43	22	30	3
Cuba	37	23	36	2
México	24	17	37	6
Brasil	20	15	35	3
Bolivia	20	8	26	1
Paraguay	15	14	27	4

Tal circunstancia es el fruto de ese desarrollo agrario comentado poco antes, con establecimientos mecanizados de tipo comercial, y donde la agricultura en explotaciones familiares, pese a sus limitaciones, ocupa un lugar que casi no existe en el resto de América Latina. Esos mismos factores explican también que la productividad por persona ocupada en la industria sea para nuestro país 60 % superior al del sector rural, mientras en Costa Rica, El Salvador y

Panamá la diferencia oscila alrededor del 150 %, para llegar a 360 % en México y 530 % en Honduras.

De ahí, también, la gran importancia que reviste para nuestro país el desarrollo de esa explotación familiar (chacra o tambo), que robustece el tipo de estructura social comentado. La gran empresa, en cambio, como ocurre en esos otros países, polariza la estratificación social en sus dos extremos (grandes empresarios y obreros). La conveniencia social se une entonces a la conveniencia económica, que mostraba a la explotación media como la más indicada para lograr crecientes aumentos de productividad.

CONCLUSIONES

El pensamiento rector de esta reseña evolutiva de nuestra producción agropecuaria, consiste en destacar como los países de una etapa económica a otra estriban simplemente en la adecuación de los métodos de trabajo al aumento de productividad impuesto por la presión demográfica. Si tal objeto se cumple aumenta el nivel de vida o por lo menos se mantiene; si no se logra tal fin sobreviene el retroceso económico.

La etapa actual de nuestra economía adolece de tres fallas fundamentales: 1) insuficiencia de producción agropecuaria por estancamiento en la productividad; 2) escaso e inarmónico desarrollo industrial por insuficiencia de ciertos sectores fundamentales; 3) desequilibrada expansión del sector servicios.

Frente a ese esquema deficiente se esteriliza paulatinamente la actividad productiva de cualquier sector, se resiente la estructura social y se distorsiona el desarrollo demográfico.

ADVERTENCIA

La finalidad de este trabajo servir de guía para una discusión y enunciar las principales características de un proceso económico motivó que se prescindiera de citar fuentes bibliográficas, sin que ello implique ocultar cuánto debe al pensamiento ajeno el autor de estas líneas. Queda éste a disposición de los interesados en conocer las fuentes de información utilizadas.

SUMMARY

The main thought of this historical sketch of our agricultural and cattle production consists in point out how transitions from one economic stage to other, rests simply on the adequateness of working methods to the increase of productivity imposed by demographic pressure. If this goal comes true, the standard of living increases or at least does not fall of economic regression sets in.

The present stage of our economy suffers three fundamentals failures:

- 1) insufficiency of agricultural and cattle production because of stagnation in the productivity;
- 2) limited and inharmonious industrial development because of insufficiency of some fundamentals sectors;
- 3) unbalanced expansion of the services sector.

Facing this deficient scheme productive activity deteriorates itself on every sector, the social structure is weakened and demographic development is distorted.